

EL SUICIDIO DE LA

H

(Romancero Canalla)



Raúl Iglesias

“EL SUICIDIO DE LA HACHE” (ROMANCERO CANALLA)



Raúl Iglesias Blanco



safe creative



1 008207 094203
INFO ABOUT RIGHTS



EDICIONES ZAMBURRIO

© Raúl Iglesias.



Esta prohibida la reproducción total o parcial de este libro, su tratamiento informático, la transmisión de cualquier forma o de cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, copias, registros u otros medios, sin el permiso previo escrito del titular del Copyright.

Este es un ejemplar que el autor obsequia de forma altruista y gratuita: **está terminantemente prohibido comerciar con él.**

Puedes dejar tu opinión comentario o sugerencia
en: estircolyrosas@hotmail.com

- . Dedicado a las herraduras sin guerra y a las grupas sin guerrero.
- . A los que sin querer irse se fueron y a los que queriendo marchar se quedaron.
- . A la infancia en almíbar y a la vejez de hierro.

_____ROMANCES_____

RONCANDO

Dentro besos de agua dulce;
fuera ojos de agua salada.
Embajador de carmines,
gran tronco viviendo a estaca,
quirófano verbenero,
hoyos nacidos de pala;
invierno abrazando al oso
de barba mal remangada.
Lámparas que pestañean
con sueño que las apaga;
atada estaba la burra
y atada estaba la aldaba.
Cobijo, busca cobijo
entre costillas la espada;
la chatarra con harapos,
lingotes con ropa cara.
Guardando bien del cortijo
las encorsetadas bragas;
la blusa de hoja perenne,
el embrujo de la tala;
rosada y blanda armadura,
roto de perdida bala,
rincón del columpio cojo,
nube roncando su traca:
ya casi huele a la cosecha
mientras asiente la azada.
Manta de vergüenza roja,
los grillos de prosa rara.

¿QUÉ SERÁ LO QUE NOS PASA?

Más abajo de tu dermis
viajan las caricias mías,
sobre una balsa de troncos:
la sangre aún está fría,
pero por poquito tiempo.
Desprovistos de la brida
seremos lo que más somos:
seremos pura estampida.
¿Qué será lo que te pasa
que te baja por la tripa?
Es mi mano traicionera
que va en busca de la vida.
¿Qué será lo que me pasa
que nunca gano está timba?
Tú todos los corazones;
yo sin tréboles ni picas.
¿Qué será lo que nos pasa
que se agrieta nuestra quilla?
Que miro yo cuando inspiro
tú boquita como expira.

EL COBERTIZO

No cabe entre estas dos bocas
ni la esquina de un suspiro:
morena de pechos blancos,
como esa raza de mirlo.
Recluta con sus andares
la mirada de los niños,
de adolescentes y adultos;
de todo lo masculino.
Sus ojos son ambos caños,
su sexo frágil gatillo,
su vientre sabe a culata,
sus caderas son dos tiros.
Se vieron nuevas estrellas,
dicen, dentro de su ombligo:
firmamento en miniatura;
la hermosura, lo bonito,
el bocadito de nata,
el clarecer del estío,
el no romper de la calma,
el hibernar del respingo.
Sus ojos son dos lagunas
donde bañan en su brillo
las pupilas de su negro.
Los iris: su cobertizo
donde guarda paja verde
que comen los ojos míos.

UN TROCITO

El resquebrajado olvido
nos vino vestido a pana;
los flequillos coronados
que peinaba la cucaña,
entre las almendras verdes
de la epidermis amarga,
zumbándole a los rastreles
con ansia de flojas ganas.
Dame un trocito de prado
y esa será nuestra casa;
y alumbraremos “dormires”
con los candiles del alba.
Un trocito de ti dame
para no echar tanto en falta,
parte del todo que tuve
del que no me queda nada.
Sólo el aullido del perro
y el restriego de la gata,
colmaron las tristes noches
del vuelo de la avutarda.
Ya ni el licor de las nubes
hace crecer a la planta,
de metro sesenta y siete
que nace de tus pisadas.
Si escoras con mi figura,
la que yace aquí varada;
por favor, sácame a flote
o que me atraviere el ancla.

LA CASCADA

En la lejana cascada
que orina un curso invertido,
se ahogan nuestros tres dioses:
el tuyo, el suyo y el mío.
Tira el buey de nuestra carne;
tan enorme, tan sumiso;
más de angelitos fue siempre
que de los machos cabríos:
los de en una mano pluma,
sobre la otra el pergamino;
sólo faltaba la firma
bendiciendo a los malditos.
Ya no usaremos el nombre:
¿que coño es un sustantivo?
Nos llamaremos a palos,
con desgarro de colmillo.
Marchitaba la flor negra
tras un florecer indigno,
robando del suelo el agua
de quién la hubo merecido:
el pisotón no perdona
o tal vez no la hayan visto;
quizás es que su presencia
se asemejaba al vacío.
¿Qué_ocurrió con los colores
que sobre el hombro trajimos ?
“Yo los tengo -dice el negro-
a todos los tengo y tiño”.
Bajo de las almohadas
yacen los sueños dormidos

y cuando los sueños duermen
no soñamos si dormimos.
Solo vemos las esquinas:
fueron castigo de niños,
fueron castigo y los son
justo ahora que crecimos
tan parcos en las caricias,
de malos gestos provistos.
Cuando la mano del juez
arranque como racimos,
a cientos los nuestros cuerpos
tan buscados por proscritos,
te acordarás de tres dioses:
el tuyo, el suyo y el mío.

EL VIAJERO

Perdóname tú viajero
por equivocarte el rumbo:
soy atolondrado faro,
que soy pero que no alumbro.
El del vidrio ennegrecido,
el del filamento oscuro,
ilesa de la batalla
y muerto en el falso truco.
Muriendo de la fiera hambre
a ojos cosidos el búho,
sobre la rama más baja
al ras de cascos del mulo.
El reflejo estaba calmo;
era mi rostro el difuso,
sobre el espejo del agua
esperma de todo fruto;
cansada de tanto poco,
cansada de tanto mucho.
Perdóname tú viajero
por equivocarte el rumbo,
con mi esfera desdichada,
con mi norte vagabundo,
buscando en el sur la dosis
de vida que nunca tuvo,
bajo dos cielos de plata
con medallitas de chuzo.

MADRUGADA

Nada después del ronquido;
después del despertar, nada:
lo bonito, los colores
se los llevó la mañana.
Cuerpos que son horizonte,
haciendo paisaje en cama
se alborotan extrañados:
como el perdigón a el ala.
Sombras de miel y de azúcar
sobre el claro degolladas,
con suave rielar del filo
de bucaneras persianas,
haciendo ciegas pupilas
erguidas sobre atalayas.
Pequeño, viaje pequeño
en el bolsillo de una hada,
sin documentos perennes;
olor a niño de raza.
Sueño con balas de labios,
sueño con besos de espada,
con heridas de carmines
que hieren pero no matan;
ni matan ni nunca quitan
esta vida a prueba de armas.
Y cuando amanece el día,
vuelve siniestra calaña,
atormentando las sienes
con lastimera campana,
tocando la profecía
de la seca ubre de vaca:
cuarteada por tiempo seco
se sueña recién mamada.

¿El mejor amanecer?
El de plena madrugada,
paciendo en campos de luces
de amos sin prisa ni vara.
Cuando el cuerpo ya no es cuerpo,
cuando somos sólo el alma;
cuando sólo todo somos,
cuando sólo somos nada.

ABISMOS

De nada sirven las piernas;
sólo el odio me mantiene:
mi corazón es de hielo,
de pura lumbre mi frente.
Antes de que el pecho clame
el envite de algún cetme,
sólo lamento una cosa:
que no llegué a conocerme.
El cielo no me abrirá
ni aunque me suba el ariete,
ni me dirá San Pedrito
"Mucho gusto el conocerte".
Yo, soy más señor de abismos;
más de carbón que merengue
y como yo hay a millones:
quién diga que no, es que miente.

ALGO BONITO

Una vez vi algo bonito
entre el calor de las reses,
adormilado en pezuñas,
soñando que alguien lo sueñe.
Buscando la sombra curva:
la del flequillo de la eña,
las horas del mediodía
que se enseñan mientras cuecen.
Camuflado entre trigales
que al paso del viento asienten,
pidiendo al cielo ser pan:
su Dios es el que los muele.
Una vez vi algo bonito
entre mesas y manteles,
buscando el baile en la plaza
sobre el burro que lo lleve.
Decía: "No te preocupes,
el estar muerto no duele
y tampoco te des prisa;
que con prisa todo es breve".

BAJO EL MAR

El cráter de tus mejillas
erupcionaba colores,
que me guiaban por el día,
que alumbraban por la noche,
por las sendas clandestinas
donde se brotaba el roce
y el tropezar respiraba
tan lento que ni se lo oye.
Encontraron bajo el mar
tus ojos junto a doblones:
que es donde están los tesoros;
hundidos dentro de cofres.
La perfecta sintonía
señoritas y señores,
entre humildad y belleza,
entre bondad y derroche,
de ráfagas de sonrisas
derribando pelotones;
del eclipse de los guiños,
de los pezones por broche.
Posaron las golondrinas
su barro junto a tú corte,
las abejas de su miel
y los burros de su ronco
sobre el tablado celeste
que se esparce por tú escote.
Si hasta la agüita del mar
se endulza para que toques
su vidrioso cuerpecito
y laves tus ojos miopes

que lo quieren todo cerca;
sea todo de ti consorte:
que como tú nadie quiere,
que como tú nadie pone
los besos en el alambre
donde se posan los soles,
para templar los ropajes
que tú cuerpo bien conoce;
tan blancos como paredes
de la cal que ya no come,
como lápidas planchados,
perfumados de estaciones.
En primavera te encuentro,
en verano no te escondes,
en el otoño nos caemos
a un invierno que nos coge.

DEL REVÉS

Hoy todo está del revés;
anda con mucho cuidado,
que del revés todo está
cuando pida de tu mano
vacía, para ofrecerte
de su riqueza el avaro.
Ya no rompen los rompeolas,
no paran los pararrayos,
ya no aman los corazones,
ya no nos matan los años;
no giran como giraban
esos planetas cuadrados.
El sol sale por las noches,
la luna sale temprano,
muge carnívora vaca
al lobo que pace el prado.
Un invierno caluroso,
el frío de aquel verano,
edificios: pura flora;
de duro hormigón los tallos.
Los vivos se dan festines
cuando mueren los gusanos.
Los dragones , las princesas,
viven en reinos cercanos.
Sobre el hielo de los fuegos
rodaban ciegos los dados,
la nobleza mendigaba
a los mendigos sin manos.
Los pétalos , las chimeneas
se comparten el bocado.

Nos lanzaba en el entierro
el cadáver un gran ramo,
para elegir al siguiente;
el siguiente afortunado.
Crece tiznada la hierba,
los montes pueblan los llanos,
los girasoles no giran,
nacieron mudos los gallos;
el suelo está hecho de nubes,
el cielo está adoquinado.
Los molinos son gigantes
que muelen el grano a palos;
Don Quijote es proxeneta,
Sancho Panza es su abogado;
Dulcinea del Toboso
la más puta del condado.
Nadie besó mejor boca
que el pincel de Frida Kahlo:
pero nadie se conforma;
quiso ser el de Leonardo.
Los grilletes ya no existen;
sólo existen los esclavos:
no existen ya las cadenas;
sólo existe el condenado.
Los perros con siete vidas
sienten miedo de los gatos,
cuando estuvimos enfermos
vino el cáncer a curarnos.
La hiel nos sabe tan dulce,
el azúcar sabe amargo,
el estiércol es perfume,
después del seis viene el cuatro.
La lluvia cae hacia arriba,
de encinas brotan marranos,

la sangre es medio amarilla,
los buques guían a los faros
por el sólido de un mar;
un mar que es tan sólo cuajo.
Fueron a las minas siete
Blancanieves y un enano;
el príncipe no asistió;
le besaron y es un sapo.
Nos dejaron los egipcios
enterrado su legado:
unos cuantos rascacielos
del aluminio más caro.
Dio mala muerte en la cruz
Jesús a Poncio Pilatos;
del pescuezo de un tal Judas
murió de suicidio un árbol.
Un segundo se hace eterno,
un instante se hace largo,
boquean fuera del agua
los cuervos que visten blanco.
Allá por los “arrabalex”
Asterix se hizo romano;
a su compañero Obelix
le desecharon por flaco
y, por si esto fuera poco
se empadronó el Cesar Galo.
Los melocotones meten
a los humanos en frascos ,
rebosados en almíbar:
manjar de dioses paganos.
Nómadas eran las piedras,
el político es honrado,
el Papa alaba a Mahoma,
nos hacen llorar payasos.

Se está revolviendo el día;
¡joder qué día más raro!
Es este dado la vuelta:
nunca amé ,ni amaré ni amo.
Como algunos me decían
y me tildaban de vago;
hoy con todo del revés
escribo un romance largo.

EL CUERVO CASTRADO

Empezó a cantar bonito
el joven cuervo castrado:
bailaban sus melodías
las pisadas del rebaño,
que acuden como enredadas
hacia el vómito del caño,
donde ofrece su reflejo
la fuente robada a tragos.
“No escuchéis la apología
-le dice el cuervo a los grajos-
que murmuran las cigüeñas
sobre los pechos tan blancos:
también serán los más sucios
cuando Dios nos llore barro;
cuando las ubres segreguen
petróleo por sus costados”.
Anteayer sonaba recia,
pero era su voz de grajo:
ahora suena a pregunta;
ahora suena a alegato;
que ser el que mejor canta
no te hace volar más alto.

CHABOLAS

Entre todas las chabolas
no se escucha ningún llanto:
sólo lloraban por nada
los ojos adinerados,
indignos de este hemisferio
tan lleno de rata y charco,
que hace linde con un cielo
gobernado por el diablo.
Los días de la semana
visten con el mismo harapo;
con manchas de vino tinto
y la grasa de los platos,
que aún gana alguna guerra
con su luchar tan escaso.
Deslumbraban los senderos
de la chatarra y los cantos;
porque lo abrupto no raja
a los pies si van descalzos
y tertuliaba la roña
en las teces y en las manos:
"este gobierno es basura",
"que buen tiempo se ha quedado".
Los picachos de desecho
juegan a ser el más alto:
se vanagloria el más joven
que ya supera el tejado,
gracias a cuatro pañales
mal tirados con apaño.

Acrópolis del detrito,
altares a santos guarros,
el Partenón pestilente,
las pirámides de fango.
Con un cascabel, el viento
pasa incómodo avisando
a los torsos sin camisa,
a pelos que no hacen caso.
La tiritona bendice
sólo a los cuerpos más flacos,
que se abrazan a si mismos,
que se enroscan sin reparos.
Que la miseria no entiende
de gitanos o de payos,
de los hombres o mujeres,
de lo terso , lo arrugado:
sólo sabe que devora,
que nunca llega al empacho,
porque su tripa es el mundo,
los planetas y los astros.
Y con tanta hipocresía
su gula es que no da abasto:
mientras unos están quietos,
los otros están parados.
Mientras, la pena sucumbe
ante palmas y fandango:
coge el gusto la alegría
a esto de dormir al raso.

EL CUENTO

La mirada enamorada
degustaba de su pienso:
eran brillantes estrellas
sobre el negro comedero.
Quedan aún sin saciar
nuestras ganas de hadas y elfos:
¿dónde a parar habrán ido
si los echamos del cuento?
Siempre guardo en el zurrón
un corrusco y algún beso,
para cuando el hambre apriete
su soga contra mi cuello.
Los bolsillos del revés,
lo que quiero yo lo tengo
entre veintitrés costillas:
la que me falta es tú cuerpo.
¿Para qué mesas redondas?
No soy ningún caballero:
ni el príncipe era tan guapo
ni los patitos tan feos.
No ensillé los viejos lomos
de mi cansado jamelgo:
merecía ya un descanso;
no estorbarle con mi peso.
No necesité partir,
no estaba lejos mi reino:
estaba cerca, a mi lado;
mi reino late en tú pecho.

LA JUSTA

Luce muerto el bodegón,
corito sobre tajuela;
con el aroma del rancio,
con la camisa ya negra,
maldiciéndole al Olimpo
con víboras y culebras:
que hagan ruinas de sus ruinas
a su paso mientras sisean.
Degollado el cabritillo
se puso el traje de pena:
su sangre era para dioses
que no beben; sólo sueñan
que un día fueron testículo
que almacenó y no almacena,
la vida que corrompió
a penas el salir fuera.
Esta justa no es tan justa;
unos lanzas, otros velas:
las lanzas "pa" los que matan,
las velas "pa" los que ruegan.

LEJOS Y CERCA

¿Dónde viven mis caricias?
Viven donde viven siempre:
al borde de la pezuña,
en el curso de la fuente.
Viven lejos de los museos,
cerca del arte rupestre;
sin recordar el pasado,
lambiendo bien del presente.
Lejos de la ley y el palo
con perros que no obedecen,
con cuchillos de hojalata
apuñalando al orfebre.
Bien lejos de las chisteras
de los magos del oriente,
cerquita de los caballos;
muy lejos de los jinetes.
Mi contrincante es el humo;
cada ramita es mi sede.
Mi lastima es cinco estrellas
por toda esa pobre gente,
que olvida que su Mesías
fue inquilino del pesebre,
donde sólo hubieron bestias
y pastorcillos alegres:
nunca se dejó pasar
a los nobles ni a los reyes;
el oro, el incienso y mirra
fueron devueltos a oriente.

Vivo lejos de lo yermo,
cerca del caliente semen,
alejado de lo amargo,
recubierto de sainete.
Sin pesares que no pesan,
sin dos dedos en la frente,
llevándome a cada agosto
un pedazo de noviembre.
Porque todo es relativo
sé comprensivo y entiende:
lo que es manjar para buitre,
para ti es tan sólo peste.

RANGO

Se deshizo de su cuerpo
a jirones de desgarro:
no veas como le envidio
que con mi cuerpo aún cargo.
Ya no mira por encima;
tímido, ahora de lado:
al fin vio lo que sobraba;
ser humilde es un gran rango.
Severo se flagelaba
sin el permitirse el fallo:
la vida es más divertida
cuando no pones cuidado,
por que lo humano es la trampa
y lo divino el engaño.

EL MULO

Entre piedras inmortales
el mulo con pies de adobe;
hijo del mal abandono,
nieto de anciano galope,
con huella de luna chica
latiendo en un cielo pobre,
dónde el pétalo vigila
desnudo sobre su torre;
sin ropas que lo molesten,
sin ligaduras que estorben,
con la postura del viento
que pasa sin que lo dome.
En la sien se tronó mayo
dejando al año con once;
cuidando del arbolito,
amamantando sus brotes,
con la saliva desnuda
del vuelco de alzar de coces,
que no saben del destripe
que dan los suaves amores,
haciendo roto en bolsillo
con el pestañear de estoque,
palmeando cantos alegres
que no dejan hacer mole,
de tan astuta tristeza
desnudita de colores:
es oscura como el negro
corazón de los carbones.
Mulo de la piel morena:
cuatro cascos con su ronque,
sigan durmiendo caminos
sin recompensa ni coste.

JEROGLÍFICO

Saciado del muro ciego
porción del adobe niño,
el suelo con sed de teja,
el verde llorando al bicho.
Con la caricia del hierro
delgadito con mal vilo;
amaneciendo garganta
con su camada de ruido.
Dando portazo a la luz
con las toses del pestillo;
los grises se hacían claros
con su acostumbrado rito.
Tormenta, inquieta tormenta
con su no parar de chivo:
"tu en la tierra, yo en el cielo:
con chaparrón nos arrimo".
No calma el fuego la sed;
no, ni aún recién bebido;
ni recuerda que fue boca
un día el anciano ombligo.
Jirón de pulcra sotana
que cubre el frágil raído,
dando un puñal por el mango
aunque sólo tenga filos.
Esquinas de mil colores,
sol de amanecer esquivo;
agoniza tanta gente
y en el fusil sólo un tiro.
Viste de blanco el cobarde,
viste de azul el capricho,
viste de morado el golpe,
viste desnudo el olvido.

Luce importante en la mesa
recién coronado el trigo,
con libertad que sembraba
la siega con su derribo.
Charlatanería muda,
nube de aguado flequillo,
cachaba de chepa errante,
hiriente grano molido.
Jeroglífico de hielo
ablandando los papiros,
bajo de ignorantes soles
con su insolente esparcido.
Uña de cartón mojado,
sangre en vaso; en vena vino;
caricias en ratoneras,
las alas en los abismos.

No hay que llorar por los muertos
sino que reír con los vivos;
no hay que pudrirse en el tiesto;
de nadie somos cautivos.

No hay que cargar escopetas
por si se escapan los tiros;
hay que cargar bien las bocas
con risas que hacen su ruido.
Cuando creímos ir descalzos
sobre el afilado filo,
fuimos el más fuerte muro
creyéndonos el derribo.

Ya no vendemos más almas
ni al demonio ni a su esbirro:
porque el molino nos dieron
y nos dejaron sin trigo.

No volverá a despeinar
el viento con su retiro;
sólo cuando el frío llega
recordamos el abrigo.

Nadie supo explicar bien
el poco tan excesivo:
¿como volver a remar
con la ausencia del contigo?

AMOR RIMA CON DOLOR

Sobre los cofres lampiños
entre doblones ajados
y de los abismos bestias,
paría con entusiasmo,
la penúltima sirena
-pluma pura del milano-
un pequeño pescadito
cúmulo de cola y brazos.
No digas de su apetito
a los manjares plateados;
terraplenes de burbujas
que amaestraron grandes barcos,
de panzas que abren las aguas
que nunca sabrán a vaso,
con su soberbia salada
remolcando al arretrato.
El acuerdo entre delfines
con la muerte fue sellado,
entre las redes y arpones
que teje y afila el diablo,
para coronar los peces
y a todos sus allegados
bienhechores de Neptuno
que luce capa de fango,
con los aludes de reuma
que escupen techos mojados:
alimañas que no esperan
a que mueran los ancianos.

MOSAICO DE MUÑONES

Llegaban los uniformes
portados por esqueletos;
con su boca que es la nada,
con sus cuencas que son ceros,
con su fusil envainado
en la espiral del lamento,
rompiendo las blandas carnes
con su embaucar tan certero:
su sonrisa que es el cráter
donde se despeñan cielos.
Al lambar de las letrinas
se le sumaban los ceños,
sumergidos en la brea,
expirando con su cebo.
Escaseaban las trincheras
cuando el rifle estaba en celo:
¿tan poco vale la vida?
Sólo el asentir de un dedo.
Bastardos de boca fría,
tensa pinza del cangrejo,
retrocediendo relojes
con el mermar que da el fuego.

SIENES ROTAS

Tronando los despertares,
la cabeza en cañonazo
me recordaba la guerra:
la del recitar del vaso,
con su prosa moribunda
de estertor en cada trago,
mientras leía la ruina
entre un papel arrugado.
Junto a mi sien galopante
muda la piel el lagarto,
buscando un rincón oscuro
entre la locura y el asco.
Privado ya de volar
y de adolescente salto,
reptando por las delicias
que dio pisotón al sapo.
A comer anocheciendo
sobre el mantel mal bordado,
con el pulso de tormenta,
con la mano del chalado;
mientras, luna amortajada
espera bajo remanso,
morir de una vez por todas
en las legañas del gallo,
barriendo su sepultura
del polvo oscurito y pardo,
que tan pronto se alborota
como se nos viene abajo,
hasta el surco más profundo

dónde germina el sembrado,
dónde no llegaba el peso
que hace infeliz al zapato.
Vuelve la estela de voces
vistiéndose de estrellado,
desprendidas de la cuerda
que las unía al establo,
dónde el forraje es la calma
de un sol recién levantado;
mientras bosteza perdido,
mientras estira sus rayos.

NO QUEREMOS NADA DE TI

Farfullando el trabalenguas
viene el anciano cupido
y aunque no haya quien lo entienda
para él sí tiene sentido:
desde la punta de flechas
dónde aguarda un ancla niño,
que zurce a par corazones
con la estocada sin hilo.
Pero los hay resignados,
los hay desapercibidos:
cupido es un mercenario;
debemos de ser esquivos,
porque es demasiado viejo,
su pulso suena al mal tino,
su sangre ya desemboca
en mares de dedos fríos.
Tan hartos de los plurales,
de los tiros compartidos,
de los nidos para varios,
de la ballesta y su tiro.

CARTA AL EQUIVOCADO

Después de un frugal descanso
entre barrotes de luna,
llegó la seca tormenta
que hace ruido pero escucha.
Impetuoso como la ola
siempre mueres en espuma,
contra caderas de roca
con apariencia de pluma,
del alita de algún ángel
al torcer su envergadura,
bajo un aire desatado
para que hasta un Dios sucumba.
Lamiendo el suelo que pisa
tuerces tú firme columna,
demolida por los ojos
de ella, de color de rumba,
con su baile acelerado
que bien te mima o te estruja,
con sus sandalias tejidas
por las hadas vagabundas,
que vivían en los fondos
de las copas que se suman,
bajo un paladar escaso
desprovisto de su ruta.
Te cuente el precioso olivo
de sus ojos de aceituna,
que tú plantaste en tus tierras
y él te privó de su fruta.

De caricias con las manos
híbridas de garra y uña,
de caricias misteriosas
que galopan en arruma.
Cuando mueras en su guerra,
tú, el más fiel de los reclutas,
maldice el agrio desierto
que te asolaba en sus dunas;
maldice el blanco camino
herido de bache y curva
y acuérdate de la trocha;
trocha que un día fue tuya.

CARNAVALES

No resultaron tan bien
los últimos carnavales,
en dónde se disfrazaron
las lágrimas de cristales.
Que un día salen dos soles
dándonos sombras a pares
y otro la noche cerrada
cayendo los malabares.
Volvía a nublar el agua
baba de los calamares,
volvían a batir cascos
los caballos de los males,
yendo pasito a pasito
por infecundos lugares,
en dónde calla el rugido
de los muertos animales.
Entre toditas las piedras
no había ni dos iguales:
todo está lleno de balas
y gente que las dispare.
Nunca lograron juntarse
en su vuelta los pedales,
mientras se crecía el viento
sin nadie que se lo encare.

DE REPENTE

Ahora que calla el aire
desde el abandono de ella,
yo me calzo mis sandalias:
sandalias de polvo y tierra.
Ahora que ha vuelto el aire,
huelen mis venas y arterias,
mientras bombea sin ganas
corazón de pura mierda.
El amor no está dormido
¡no! ni echándose una siesta;
el amor está bien muerto,
yo ya vi su calavera,
alumbrada por la luna;
luna de lo oscuro dueña,
por la noche condenada
siempre a mantenerse en vela,
como si fuese de fuego,
como si fuese de cera,
como si fuese de luces,
como si fuese de mecha.
Me ahogo yo con el remo:
remo solo ¡que mal rema!
Con el infierno me ahogo
que llevaba en la talega.
Siguiendo cojo el cortejo
de ataúdes en calesa,
con el aliento rasgado
por la falta de una vera.

Después de barrer el barro
con una escoba de huellas,
después de secar las charcas
con su seca primavera,
después de forjar con toses
pechos que fueron de menta,
después de llenar con nada
los tarros de la despensa,
después de pensar que el cielo
se encontraba entre dos piernas,
comprendí que eran las llamas
las que anidaban en ellas.
Y volver a levantarse
con los pies haciendo senda,
allanando para carros
lo que siempre fue maleza.
Colmando los viejos pozos
del agua más suculenta,
sobre tierra degollada
como la mejor ofrenda.

MI PALACIO DE CHATARRA

Llegan las vías del tren
hasta mi costado izquierdo,
trayéndome tantas tardes,
una perra y un abuelo;
un palacio de chatarra,
la flauta de aquel jilguero,
las suelas incorruptibles,
el antídoto del negro.
Era tan sólo aquel niño
cuando conocí ya el cielo,
entre sombríos y prados,
ente moscas y cencerros,
al ritmo de lo tranquilo,
del trisco que echa de menos
la sensación en la boca
de los cabellos del suelo.
Una lumbre en mis pupilas
ardía con su reflejo.
Y mirar desde allí el mundo:
se ve casi el mundo entero
sobre los bordillos altos,
sobre barrancos pequeños
donde se asientan castillos,
dónde habitan caballeros
con los pantalones rotos;
sin caballos y con perros.
Bendita infancia en almíbar,
bendita vejez de hierro,
dónde desollar los soles
sabiendo que saldrán nuevos.

CERCA DEL SUELO

La carroña salivada
ante el labio descompone,
oyendo zumbiar los cascotes
de las moscas con su trote.
Con la luna por testigo,
que un trozo de cielo rompa
con su periplo tan quieto;
con su mutis, con su pose.
El hedor en ceremonia
parte denso hasta la corte,
peregrinando su paso
con la carcoma del hombre,
tunelando su epidermis
para ver dónde se esconde
un corazón que no tuvo:
lo que late es la hecatombe .
Cuando golpeen las espaldas
y los palos se deslomen,
diapasones y rebuznos
libaran de mismas flores,
que en los tejados no crecen,
ni en la cúspide de torres:
crecen cerquita del suelo;
lejos del trisco de dioses.

LA HADA

Un día preguntó una hada:
"¿me escribirás un romance?"
Pues claro que si preciosa,
nunca dije que no a un ángel.
Contaré como tus alas
en grito mudo se baten,
mientras elevan del suelo
el tú pálido carruaje.
Contorneo huracanado;
el del arrasarse amable;
caderitas diminutas
vistosas como elefantes.
Eres la distancia corta
que nunca estará al alcance,
el aire que se perfuma
con el dulzor del talante,
vestido con finos huesos
y con piel de mal agarre
para las manos que aprietan,
para las manos cobardes.
Tú no ves cuando amanecen
tus ojos en despertares:
créeme, tú preciosa hada,
cuando tú párpado se abre,
se llena de una luz todo
que da calor y que no arde,
que nos apacigua el daño
de esta vida miserable.

Y tus ropajes silvestres
fueron criados en corrales,
hermosos como lo hermoso
que no se creyó importante:
les odio porque te cubren,
porque pacen en tu valle,
ocultándonos lo inmenso
con sus cueros vegetales.
¿Y te atreves y preguntas
que si te escribo un romance?
Si yo por ti doy la tinta,
si yo por ti doy la sangre.

PISCIS

Recóndita balaustrada
con dos terrones de artritis,
e incitando al escondrijo
la tormenta con su mitin
pudriendo los paraísos
con su acuario y con su piscis.
Y la tormenta pasa y
los manantiales de bilis,
trotan con siete jinetes
hacia algún Apocalipsis.
Porque este bendito sol
sentó en la trona a la crisis,
llenando los biberones
con lo que sobró del brindis.
Desencantado de jaulas
el volar hoy es difícil:
¿quién lamerá en la mazmorra
las filtraciones de tisis?
Al fin serán dos mellizas;
fruto preñado del iris:
dos montes sin el calvario,
sin la cruz y sin el INRI.

LA PANDEMIA

Cuando el amor fue pandemia
tú y yo salimos ilesos:
los nuestros corazoncitos
hace tiempo que pudrieron.
Yacieron sin la malicia
victimas de un nuevo yerro:
malo si suenan campanas
y no son para el festejo.
En todas las cavidades
se promulgaban con hielo,
a golpe de escalofrío
las leyes de algún invierno,
que fue llamado por ti
-o eso es lo que yo más temo-,
porque tú tienes mi olvido ;
yo no tengo tú recuerdo.
No soy ya digno de poda
ahora que al fin tallezco:
tiré la llave a los mares
hoy que el cielo está abierto.
Me pareció cuán extraño
que sin el estar durmiendo,
se dio de bruces conmigo ;
llenó mi cabeza un sueño:
mi sonrisa se dio cuenta,
mis ojillos lo supieron,
que ya se estaba acercando,
que venía de regreso,
el amor con cubiletes
para ejercer de trilero.

Haré que no me doy cuenta;
que se lleve mi dinero:
que bien vale cuatro perras
volver a sentir de nuevo.

CINCUENTA OFRENDAS

Dedicado al verso libre,
dedicado al flaco galgo,
al más inquieto pregón
sin tijeras y con tallo.
Al vino con alma blanca,
al trote de los onagros,
al vino con alma tinta,
al saco mal afeitado.
A los siempre yermos odres
de esencia nunca preñados:
nunca se echará de menos
cuando nunca se ha probado.
A cruces sin inquilino,
a lanzas solo de palo,
a las cuadras con su ruido,
a los ruidos con su establo.
A los frescos manantiales
con lenguas agasajados,
a las caricias abiertas,
a los “reires” mal cerrados.
Al valle con sus cigüeñas,
al perro corriendo el canto,
al primer amor tan puro;
al besito en el rellano.
Al se acerca el precipicio
pero aún me queda un salto:
tú con otro te marchaste;
yo me olvidé el recordarlo.

Por que siempre hay alguien más:
que dos ya hacemos rebaño,
pastando entre nuestros cuerpos
sin vara, sin perro ni amo.
Por el día que brindé
convite a el hombre del saco:
la soledad era mala;
el hombre no era tan malo.
Al vendimiar de pupilas,
al reflejo del estaño,
al complejo que se ha ido
gracias a un espejo opaco.
A la pluma desprendida
del alita de un tal grajo:
porque el negro me hace juego
con lo que escribe mi mano.
Si alguna vez te recuerdo
es porque no te he olvidado:
la muerte es una fulana
que vende su cuerpo caro.
Dedicado al verso libre,
dedicado al verso atado.

HUELLA SEDIENTA

Entre los juncos de acero
crece el capricho tallado
con precisión del cincel
y el veloz nacer del rayo.
Entre la brisa y la nada,
la huella rota del carro,
la teja mal sonrojada
de sangre moliendo el cardo,
llenando cientos de sueños
con el bostezo del saco.
Vaciando el fondo de ríos
para encontrar aquel rato;
aquel del mecerse juntos
de frente, espaldas y canto;
aquel de pudrir maduros
sin saber caer del árbol.
Mejores pisadas huyen
tras el vacío del salto.
Luna escatima silueta
con vientre mal alumbrado:
había en su piel más oro
que en la panza de los barcos,
dormidos en lo profundo
con nana del cañonazo.
Había en su ser más plata
que en el mar recién ahogado,
cuando lo bañan las luces
florece el líquido prado.

Se le llevó el corazón:
robar siempre fue barato.
Llenándose de agua tibia
los ojos con piel de cazo,
con la danza de la roca,
con los lunares del dado,
con el filo de la hierva,
los barrotes del abrazo.
Sin coser la tuerta aguja,
aparejo sin recato,
corteza de la culebra,
el puño haciéndose mano.

¿Y QUIÉN ABRIRÁ?

No lo dudéis, se traerá
pistolas Cristo a su vuelta.
Que volverá no dudéis;
se le oye por aquí cerca
guardándose tras las nuca,
consumiéndose en la cera,
que curó en el candelabro
de la lagrimita espesa.
Una pupila es un mundo
tan negro como el planeta,
que a pasito demolimos:
lo enfermamos de gangrena.
Los sorbitos de la aloja
sabían a pura mierda:
si tú te fuiste, yo me he ido:
dí ¿quién abrirá la puerta?

ESOS DOS OJOS

Nunca sabré lo que tienen
¿qué tienen esos dos ojos?
Que me riegan las mañanas
con ambos alegres pozos.
Como envidian a esos soles
todos los meses de agosto
y me mecen en su verde
como si fuese un retoño.
Grieta en cada pestañeo
¿qué tienen esos dos ojos?
Que enterito me derrumban
sin aparentar destrozo;
pareciendo un cuerpo firme
pero siendo sólo escombros.
Nunca sabré lo que tienen
¿qué tienen esos dos ojos?
Que desnudan la lujuria
de su traje escaso o corto,
que alargan la madrugada
torciendo el pescuezo al pollo:
sería mañana gallo;
hoy charco viscoso y rojo.
Interrogación perenne
¿qué tienen esos dos ojos?
Que me encierran en su cuarto
cuando gira el verde pomo
y me pinta alas de hierro
para que caiga en su foso;
para que caiga sin nadie,

para que caiga yo solo,
para que caiga con ganas
como si venciese “Otoño”.
Nunca sabré lo que tienen
¿qué tienen esos dos ojos?
Que hacen fuego de la nada
con el fulgor de su corro.
Que a su lado todo pierde;
parecía barro el oro;
cabizbajos los diamantes
se sentían cochambrosos.
Tú preciosa, di que sabes
¿qué tienen esos dos ojos?
Que me hacen sentir pequeño
entre enormes cuerpos de ogros,
herido por cada punta
de la gran cuerna del corzo,
que esperaba entre pestañas
escondido en el recodo.
Última vez que pregunto
¿qué tienen esos dos ojos?
Tus ojos de manos largas
que dan el eterno robo.

CON LA BOCA ABIERTA

Tapando todas las bocas
de los rotos que se ríen,
con los humildes remiendos:
así se acaban los fines.
Y siempre la boca abierta
cuando los dos labios riñen,
por los malos entendidos
que promulgaron los ruines,
con su cizaña tranquila
que aturulla y que no dice;
abrazando con su zarza,
esbozando cicatrices,
con los lápices sangrientos
de punta de gran calibre.
Ni faraones, ni califas,
ni emperadores nos rigen:
sea para el aire el espíritu,
la carne para lombrices.

ÁNGEL NEGRO

Rompieron a sangrar todas
las aberturas del cuerpo:
cientos de caballos rojos
con su galopar siniestro.
No lo veo del todo claro;
mi ángel tiene alas de cuervo:
la etiqueta de su piel
dice "Made in el Infierno".
Aquí nadie da la cara,
desvencijado baremo;
la cuneta no se rinde
y yergue su curvo cuello.
Dicen que no quita el hambre
bocado crudo de anzuelo,
que no calmaba el rugido
el asentir de su hierro.
Libre de los pedestales
donde se asientan los lechos
de los mármoles tan duros
que no necesitan huesos.
¿No es bien cierto mi burrito
que algún día fuiste fiero?
Ahora tus pies sin guerra
y tu lomo sin guerrero.
Compadre de morro blanco
con tú pasito travieso,
llegabas a todas partes
por no querer ser primero.
Se esquivaban las espaldas
de los soplares nortefños:

como duele el cerrar de ojos
con la reuma de los sueños:
que el sino me libre de
la guarda del ángel negro.

ENTRE PAREDES DE ORO

Se relame la lujuria
encriptada en las sotanas,
clériga de los altares
dónde se trafica llama
a expensas de enredaderas
que remontan como arañas,
estirándose hacia un cielo
que no alcanzarán ni alcanzan.
En las panzas de los odres
la roja sangre engañaba
pareciendo vino tinto:
era cruel encrucijada,
el calorcito de hogueras,
la cordura que nos falta,
la reverencia al demonio
para ver bajo sus faldas.
Las lombrices hacen suelo
cubriéndonos de la lava;
la que truhanes bisiestos
se dejaron mal cerrada.
Entre las paredes de oro
mendigan con la palabra
a los adeptos sin nombre,
a los adeptos sin cara,
a los tan pobres adeptos;
pobres pero aún con alma.
Predicando a los demás
todo lo que a ellos les falta:
las ideas en ovillo,
el rebujo de la farsa,

las nubes resbaladizas,
los ajuares de las larvas.
Tan sólo las copas de humo
eran sorbito que atranca,
viendo pasar a los lustros
con su cancela oxidada,
con su establo abandonado
a merced de garrapatas,
con un pesebre maltrecho
en donde hoy pone la urraca.
Cuando bajéis al infierno
os daremos siete mantas,
para que sudéis vergüenza:
apechugad vuestra carga.

LA COMETA

Tengo un pesar hospedado
en las papilas maltrechas,
que sólo saben del agrio;
todo lo dulce detestan.
Algunas noches la luna
sin alimento se llena;
no está tan mal su trabajo
pastoreando las estrellas.
Y mis rezos escribí
todos sobre una cometa,
que solté cuando hizo viento
para que Dios se los lea:
y pido por los peatones
de nuestra longeva esfera;
malos jugadores fuimos,
sin cartas y zurdas señas.
Pido por todos los críos,
que dejen de serlo y crezcan
y cuando crezcan no olviden
que vienen de la placenta.
Pido la luz para todos
que del vivir sacan renta:
que compraron los andares
vendiendo sus propias piernas.
Pido al metal que no acople
su estruendo sobre cureñas:
si con la paz ya perdemos,
no necesitamos guerras.

Que no se coman los mares
a lengüetazos la tierra:
¿A que sabremos de muertos
si vivos ya somos mierda?
Que los mayores no sufran:
un anciano es una escuela;
un abuelo es un juguete,
un juguete es una abuela.
Tampoco los animales:
que la extinción sea certera;
sólo afecte a los humanos;
a su curda tan enferma.
Si te llegan estos rezos
perdóname por la letra:
temblaba mientras lloraba
escribiendo en la cometa.

ME REHAGO

Me rehago marrón , triste,
con cacho de barro seco,
oteando la cercanía
con ojos de ver de lejos.
Para no perderme, mi ángel
me convidó con cencerro,
que pesaba como el ancla
del navío bucanero
que me acunaba en su borda
al capricho de los vientos,
que rugían con las ganas
de los jóvenes guerreros,
que aún no vieron la sangre
brotando de entre los pechos
abiertos del enemigo,
fluyendo como un reguero
que apestaba a tierra llena;
que apestaba al cielo negro,
cuando el chaparrón cercano
da el ultimátum al fuego.
Me rehago lejos del blando
sin vísceras de relleno,
sin piel que se rompa a tiras;
sentirme duro por dentro:
que me mire como a un padre
desde su cuna el acero.
El día que se conviertan
en la realidad los sueños,

dejáremos de acostarnos;
soñar será lo de menos.
Por eso seguir soñando
es la grupa del lucero,
que alejados nos mantiene
sin acordarnos de un suelo,
que nos muerde los tobillos
con un apetito fiero
y nos lastra las espaldas
con los kilos del ser dueño
de nuestras pocas pisadas,
de nuestro escaso cimiento,
de suelas mal coronadas
por ramillete de cuerpo.

TORMENTA DE VERANO

Sólo supo que era rubia
la tormenta de verano
que dejó seca su ropa
y sus adentros mojados,
alguna tarde de agosto;
un agosto de algún año,
con un sol de centinela
que daba su piel a cachos.
Entre cientos de pezuñas
y el calor de los rebaños,
sobre el yunque de las peñas
dicen que se forjaba algo:
dicen lenguas con gangrena
que se trata de algo malo;
dicen las lenguas más puras
que estaba naciendo un trazo
que dibujará horizontes,
que dará color al prado.
Le robaba él a la nubes
para ella, algo de su blanco;
para hacerla un ramillete,
para prenderlo de su halo;
que envidian los angelitos,
las vírgenes y los santos.
Y no andar por tener miedo
a los caminos vallados;
pudriendo en dos escalones
no más allá del rellano.
Prefiriendo morir libre
a ser monarca en establos,
donde la comida abunda
para corazones flacos.

A veces queda tan lejos,
tan lejos lo más al lado;
tenían miedo los muertos
a los vivos tan callados.
Se perdían en la nada
los refranes mal atados:
"dicen que el que bien te quiere
será el que te hará más daño".
Ya no era tan invisible
viento que pasa cercano
a su vera: era caricia
prendida a un recuerdo alado.
Alborotaba los pechos
el roce tan mal hablado,
levantando las pasiones
del no haber sido educado.
Y mira, hoy echa de menos
el lomo ración de palos:
es lo que al perro le pasa
cuando lo abandona el amo.
pero que nunca nos falte
el círculo mal cerrado
por dónde echar a volar
al cielo aunque esté nublado.
Él recuerda melodías;
ella el gruñir de marranos;
él el aroma de flores;
ella el abono apilado;
él el tacto de los cielos;
ella el quebrar de barrancos.
Él trata de recordar;
ella trata de olvidarlo.
Entre tanto laberinto
sólo hay algo que es muy claro:
que los "sentires" son fuertes
si juntas diosas con diablos.

LA ÚLTIMA HOJA

Abrasa por donde cae
-lo primero las pestañas-
la lagrimita candente
tan destructiva y tan blanda,
abriendo escabrosos lares
para gloria de las cabras:
ayer esbozó barrancos;
hoy garabatea zanjas.
En el interior de alforjas
entre dos panes sangraba
el corvejón de las olas
rompiendo en la orilla en yaga,
soportando las espuelas
de las naves mal viradas,
entre la puta tormenta
que tan sólo parla y parla,
sobre un horizonte plano
con sus dimensiones falsas.
Aortas y femorales
no libraron de la tala
y los charcos bermellones
sepultaron el alcázar,
dónde soñaba en silencio
última hoja de la mata,
al borde del sumidero
asediada por las aspas.
Antes de que todo acabe,
antes de que a cachos yazca,

bordará un último aliento
que resucitará el atlas,
con un consumir inverso
implorado a la mastaba
con una mirada limpia,
con una mirada ufana.

PEÓN DE CARNE

Siempre fiel sostiene el tallo
a la espiga remolona,
mirando a la blanca nube
vestida para su boda.
¿Quién dice que no está viva?
¡Si oigo latir a la roca!
Encontraremos abrigo
con más piel y menos ropa.
El porte tan bien erguido
de una madera sabrosa:
su corteza huele a piel;
sus raíces saben a boca.
Será la hiel buen manjar,
la sal nos estará sosa,
creían cortar los mares
con su tan zángana popa.
Olvidaron el camino
que no llevaba hacia Roma:
se pinta haciendo delicias
sin los gentíos que estorban.
Maldita traidora mano
que da pero te lo roba,
antes de cerrar el puño
con pose de carantoña,
mientras la tierra temblaba,
mientras el cielo se emboba,
mientras reclamaba el fuego
su color a la amapola.

Mientras las manos inquietas
no reclinen ante doma,
mientras no nos den los buitres
con su asentir muerte corva.
Después siempre una flor nace;
después de tanta carroña,
un nuevo llanto de vida
tras de un ataúd que adoba.
Un nuevo peón de carne
entre dos piernas asoma:
aún en pie no se tiene,
pero dispara pistolas.

EL REMANSO

Nadie sabe dormir sobre
colchones que ladran fuerte,
al saberse con calor
del brote al que no le llueven
los nubarrones del norte
vestidos del blanco breve,
con los carrillos tiznados
del mismo color de siempre.
Bandoleros entre espinos
cargaban su arma con suerte:
la pólvora estaba seca,
pero más seco esta el temple
que por la sierra galopa
ansiendo alegría imberbe,
buscando mayor ganancia
naciendo el que menos pierde.
Entre el sol y aquellos ojos,
miles de ojos resplandecen,
repartiéndose los prados
con sus ojeras de verde,
mientras toca el sonajero
desde su cuna el esqueje;
para asustar al ganado,
para espantar a sus dientes
de los triscos que salivan
sobre el cabello de duendes,
protectores del remanso
que a fuego lento se cuece.

FRÍO

Nos decían los inviernos
que al fin nos darían caza:
a ti y a mí -puro fuego-,
pero todito se acaba.
Recuerdo mi cuerpo sólo
ausentado de la cama,
en donde los leños negros
consumidos ya se apagan,
por todas las lagrimitas
de unos ojos que no escampan:
la tormenta se hizo eterna;
la espera se hizo más larga.
Hoy ya sólo quito el frío
soñando sueños de lana
y si el frío no se quita
siempre espero a que tú salgas:
todo parece lo mismo,
lo mismo que cuando estabas
y en cuanto se acaba el sueño
es cuando todo se acaba.

LA AJA Y EL AJO

¡Hoy no!- Dijo la aja al ajo-
que me duele la cabeza.
Consternado el ajo dijo:
¿para esto tengo pareja?
-Es que soy aún tan niña
que tú de mí te aprovechas.
-Hace varias sartenadas
que dejaste de estar tierna.
-Quizá tengas la razón;
que puede ser que así sea,
pero ni el filo más fino
ha rasgado mi belleza.
-Pues claro que no cariño,
no lo merece la pena
darle mugre a su semblante
con tu carita de vieja.
- ¿Porqué me dices todo esto?
Como yo no hay quién te quiera.
-Porque sabes que te quiero
mi cielo de lila veta.

A SUS PIES

En la roca más salada
-cerca de la nuestra orilla-
quedan grabados dos nombres
atados a media vida.
Se chapán en plata pieles
debajo de luna albina,
con la fuerza de la prosa
haciendo el amor en rima.
Si ella no le pide nada,
hace lo que ella no pida;
se postran ante sus pies
los abismos y las cimas.
Tres serían las del caerse:
las tres patas de la silla;
la que falta era la larga;
se excedieron con la lima.
La calma más sosegada
ahora es negra estampida
de caballos sin jinetes,
de los mares sin espinas.
La sombra más alargada:
la de la mirada herida
y de rodillas las lágrimas
rezándole en su capilla.
Cuando el tacón del silencio
zapatea en la tarima,
es hora de desollarse
y preparar bien la huida;
empezando por pellejo
y carne mal repartida,
hasta liberar el alma
de tan oscura guarida.

MIELES

Ni tenedor ni cuchara;
lo que toca hoy ya me huele
al fino y frío bocado
de la ración de alfileres,
que siempre comer nos toca
antes que el hambre barrene
con su astuta dinamita:
la detonación más fuerte.
Sólo quedaron gaviotas;
la soga amarrada al muelle,
con su cabo deshilado
por algo que rompe y duele.
Y osa quemar las retinas
el sol más irreverente,
apostando con las nubes
a ver quién es el más fuerte:
y siempre ganan los mismos
dijesen lo que dijesen;
que los mismos siempre ganan
se apueste lo que se apueste.
Y para luchar al tiempo
el formol o el escabeche:
nos meteremos en latas
para esquivar a la muerte.
Pero la muerte es astuta;
por más que nadie se empeñe,
le sabremos más sabrosos
en cuanto abra el recipiente.

FRENADME

Me estoy curando la vida
con dosis breves de muerte:
¿por qué me pinté de carne
pudiendo haber sido verde?
Como el prado que a ganchillo
en el horizonte teje
alguna anciana de blanco
de manos que nunca temen.
Frenadme labios guerreros,
frenadme vientos de frente;
ya noto como despunta
amaneciendo la fiebre
que me hace el odiar a todo;
todito lo que se mueve.
Con la danza de la caza
aparentemente inerte,
espero a los enemigos;
espero aquí que se acerquen
a la tela pegajosa;
tela de la negra leche,
en la que perder las alas
de irrealidad transparente.
Los barcos de grandes velas
parten desde tierra a fuelle;
sin hélices que ajusticien
el sendero de los peces.
Hoy que la mente está calma,
sin esmeril ni machete,
me he abierto por fin el pecho
para ver lo que se debe

y que dentro se ventile,
que sus aposentos huelen
al cerrado del vacío;
al rancio que se desprende.

SIN CORAZÓN

Se escapó mi corazón
entre un pecho medio roto:
pronto se caerá de bruces
porque es ciego como el topo.
“Ven aquí - le dice ella-,
ven aquí que yo te arropo;
ven aquí junto a mi pecho
que aquí hay hospicio para otro.
Quiero los dos corazones;
sus pálpitos me hagan coro,
que vivan y mueran juntos
que nadie debe estar solo".
Yo colocaré unas piedras
para invocar en su corro
un fuego que yace herido
sin estar muerto del todo.
Ella con dos corazones;
yo ninguno ¡vaya tongo!
No debe estar solo nadie
¿Porqué al cuadrado estoy solo?

TAMBIÉN LLORAN

No te equivoques muchacha
que los hombres también lloran,
lanzando un órdago al cielo
bajo una luz de farola;
añorando lo que falta,
maldiciendo a lo que sobra:
"¡adiós!" Fue su sepultura;
fue "jamás" la última gota.
Y supo que ya era tarde
cuando acudieron las moscas,
a la zurda de su pecho
mostrándose revoltosas
con sus aspas demoníacas,
con su fama de golosas,
con sus zapatos de migas
entre una vida que acorta.
Que no se engañen las damas,
que los hombres también lloran
cuando pierden lo que quieren,
cuando falta lo que añoran;
serpentean sollozando
más abajo de su sombra,
dónde sólo existe el frío,
el vinagre y la carcoma.
Entonces cigüeñas negras
traerán fetos que amontonan
esparcidos por el lecho
de almohadas que duermen solas,
alojando pesadillas

en la esquinita que sobra:
las otras tres las ocupa
el puto dolor que asola.
Los hombres también lloramos
y no les miento señoras,
pues tenemos lacrimales
y lágrimas que funcionan.

TRÍPTICO

Amanece desbocado
perdigón junto a su tiro,
bufando con voz de plomo
sobre la linde de nidos.
A veces entre las plumas
sentencia con veredicto
desestimando alegrías,
bajando al suelo los picos;
dando el último redoble
los pechos de roto virgo,
siendo en paladear lo último
su sangre con cruel sorbito.
Cuando es menester reptar,
queda tan alto el tobillo:
al fin no eran egoístas;
que mataban por altruismo.
Que como los escorpiones
con veneno en el sufijo,
haciendo rabiar las noches
abrazados al sigilo:
que es clérigo una mitad;
la otra mitad es vikingo.
No pasaba ni la luz
a través de los visillos
adeptos de pura roña
y del sudor del tocino.

LA DAMA Y EL JILGUERO

-Hola precioso jilguero.

-Hola bella damisela:

nunca vi retrato igual
hecho sobre calavera.

Que bien se estaría abajo
con beso, amor, chimenea
y el almuerzo de pupilas
con apetito de fiera.

-Que bien se estaría arriba
sin pisadas que nos retan,
silbando a los remolinos
de coronillas de hierba.

-Que bien se estaría abajo
aflojando nudo a cuerda,
dándole cozo a las bruces
de sigilosa tristeza.

-Que bien se estaría arriba
entre el dulzor de colmena,
sintiendo pasar el viento
tirando de su carreta.

-Que bien se estaría abajo
forjándose a un par de piernas,
comiéndose el alfabeto
empezando por la zeta.

-Que bien se estaría arriba
en nubes de blanca vera,
entre la luz trasparente
que sobre campos abrevea.

-Que bien se estaría abajo
viajando en una botella,
desde la isla hasta la orilla
dónde espera mi jilguera.

-Que bien se estaría arriba
entre soles, entre estrellas,
cayendo sobre la boca
de olla de luna hechicera.

-Adiós precioso jilguero.

-Adiós bella damisela;
en el cielo nos veremos.

-Nos veremos en la tierra.

EL PARDO CICLO

Acrecentadas las noches
se hicieron de todo dueñas,
con su grandioso agujero
que eyaculó la barrena,
tachando con los abismos
las relucientes viñetas;
salandó la carne pocha
que asoma entre las bandejas,
llegando hasta comensales
que esperan bocado a tuestas
sobre dos patas de plomo
bajo un hambre que soleva,
escudriñando el tembleque
entre dos filos que aprietan.
La menstruación de la fuente
fluye con quebrada saeta:
antes era más alegre;
antes de que la tiñeran
con aquel tinte asqueroso
del después de que atardezca,
que se expande como un virus,
que trota como un atleta,
que amenaza como el agua
entre enchufes y bañeras.
Y tras patios recortados
por los cráneos de azaleas ,
llegaban los mequetrefes
apeados de la carreta,
con los bolsillos repletos

de carne cruda, de apnea ,
de cachos de barro seco,
de costras y de toperas.
Mientras, ronchaban los astros
con las mandíbulas tiesas
por la fuerza rencorosa
fruto de toda reyerta.

HAMBRE Y SED

El cuerpo lleno de marcas
de piedras de alguna vía,
en dónde días sin luz
descarrilaba una vida.
Entre almohadas de grava
dónde se mellan las risas;
estelas sin corazón,
sin estrellas que las vistan.
Aura de barniz sin alma
curando a pequeña brizna,
mientras sermonea el viento
despeinando con su misa.
Requiebro de parturienta
dando a luz llorona miga:
recuerda, la muerte calla;
recuerda, la vida grita.
Caían a chorros nubes
con tropiezos de repisa,
con sed del riesgo sereno,
con hambre de la estampida.
Con aceras de azul cielo
de adoquín de golondrina,
con bordillo de luz clara
tropezando con su rima.
Presos entre enredaderas,
entre enaguas que esclavizan,
entre castillos de arena
y olas que serán su ruina.

Anzuelos de terciopelo,
lingotes de baja estima,
letargo del eco suave
sin sonidos que aterrizan.
Picos royendo el acero
mientras trinaban esquiras;
arriba, arriba más alto,
más alto aún que la cima.
Naciendo en cielos de bocas
el beso envuelto en calina,
rugiendo como dos fieras
“reyertando” entre las tripas;
“reyertando” por despecho
el ventrículo se eriza,
mientras trotaba la sangre
con rojo que fuerte pisa.
Guijarros con piel de perla
de resplandor que cavila
como volver al camino
dónde no quepa la prisa.

SOLAPAS

Tras la solapa acerada
las sombras se revolvían,
por ver aquel sol dorado
tocado por el rey Midas,
mientras cipreses esperan
haciendo calmosa fila,
asistiendo a los entierros,
prestando atención a misas
que no escuchaban los dioses:
no llegaban tan arriba.
Al parar de las abejas
se juntaba la morriña
de cuando fueron obreras:
las de la dulce saliva.
Nadie debe de estar sólo
¡si hasta el ojo tiene niña!
Tras de grandes lamparones
está limpia la camisa:
su verdugo es el trabajo;
su ángel es jabón y pila.
El cielo de lo impoluto,
el vaivén que se encabrita,
la perfección del remiendo,
lo absurdo de la diatriba .

LA LOBA HERIDA

Ven, que no es del todo tarde;
ven aquí que yo te guardo
tu amanecer entre luces;
el que ayer ya te quitaron.
Que no estés sola preciosa
y las nubes de tu brazo
mientras cicatrizan dicen
que ya empieza a verse el claro.
¿Cuanto cuesta desertar
al que fuera fiel soldado?
el mundo entero es la guerra
y tú de ella eres pedazo.
Tú naciste ya sin cola
mi precioso renacuajo;
te criaste bajo los posos
de los fondos de los vasos.
Te hacía llorar los ojos
aquel humo mal hablado
que venía, te gritaba
y cruel pasaba de largo.
Viste llegar al guerrero
montado en caballo blanco
y te creíste perenne
a un otoño desbocado,
pero caías con fuerza
sobre el afilado canto:
tú que tan bien te sentías;
la realidad era el daño
devorándote por dentro
con la prisa del destajo.

Tan sólo fuiste el reflejo
que te daba el seco charco,
presentías el silencio
que poblaría el regazo,
que sonaba como a hueco;
como al secarse del barro.
Pero pensaste en los tuyos;
pero pensaste en sus manos:
manos que siguen repletas
después de que tanto han dado.
Pero pensaste el final
que esperaba a medio palmo,
que te esperaba escondido
salivando ante el atraco.
Desanduviste el camino
sin detenerte a mirarlo,
mientras te cuenta el espejo
que él nunca estuvo enfadado...
Y a tu guerra llegó vida
con pelotón de reemplazo.

TINIEBLAS

Ahora que no amanece
¿qué haremos con nuestros ojos?
Ya no nos valen de nada:
ya ni ellos, ni ya nosotros.
Bajo de tiniebla en flor
quietos como los estorbos,
muriendo junto a las plantas
y el alarido del tronco.
¿A quién va a extrañar ahora
que ya no aplaudan los ojos,
a la noche en su tablado
“eternando” el cante jondo?
¿Por qué lo oscuro derrumba
sin aparente destrozo,
llenando todos los huecos
con paladas de su escombros?
Tan negro como el liguero
de la cadera del morbo,
que no apacigua el berrinche
en cuna del abandono.
¿Y para qué hacer palanca
sin ningún punto de apoyo?
Todos somos compañía
condenados a estar solos.

SOMOS

Somos el tachón de un verso,
el puro negro del grajo,
el corazón de la piedra,
el oleaje menos calmo,
el apretón de la helada,
el buitre corriendo al canto.
Somos el pico entre rejas,
somos aún menos que algo,
el pisotón a la flor,
calaveras en rebaño.
Somos dos nucaas trezadas,
halos de sorbidos charcos,
angelitos desnutridos,
el esparaván del rayo,
la copita de salitre,
zapato nuevo en el fango.
Somos dos tibias cruzadas,
un calendario sin mayo,
los pies que no dejan huella,
dos peces que no hacen banco,
una sábana abrasada,
una cometa de trapo,
el cagajón nauseabundo,
el día que le falta al año.
Somos la aguja cegada;
sólo un chisme, un aparato,
una pezuña podrida,
la obesidad de los galgos.

Somos el pilón reseco,
alpechín del apilado,
el ronquido de las nubes,
fruta con cáncer de gajo,
el otoño del otoño,
el poste mal derribado.
Somos el sueño escabroso,
el parche negro en el faro,
las miradas obsoletas,
el hocico desangrado,
la lágrima no potable,
la fulana y el mengano,
la garganta sin salida,
el paisaje con desgarró,
el rinconcito en penumbras,
los badajos amputados.
Somos saliva podrida,
el asta en el muslo extraño,
los mocos sobre la manga,
el yacer de los soldados,
el filo riendo en los cuellos,
aquella lanza y los clavos,
las legañas de los lunes,
el añusgo en cada trago.
Somos la puerta cerrada,
el arcoiris enlutado,
el socavón que no avisa,
dedos huyendo de manos,
la rebelión de las pulgas,
pólvora enhebrando caños,
pesadilla en camión,
el andamio emborrachado,
la pústula del planeta,

el puchero sin garbanzos,
el rumbo mal avenida,
los jirones del soslayo.
Somos chimeneas sin tiro,
carbón vistiendo de blanco,
cruel almohada de zarza,
el suspenso en dar abrazos,
el escarbar el abono,
el ciclo quieto, parado;
la cuesta más empinada,
nadie tirando del carro.
Somos vacío, silencio,
la vivienda sin tejado,
el iceberg en el sol,
el pecho mal aliñado.

MALA MUJER

Uno, otro y otro escalón
para subir a su cielo;
escabroso era el camino
en pos de un fin tan incierto.
El camino resbalaba
por la sangre de los pechos
de pezones desgarrados
por el apetito fiero,
de los bebés con colmillos
de sangre y leche sedientos.
Los bueyes con sus arados
hacen surcos a los ceños;
son lacayos del reloj;
son los sirvientes del tiempo,
que nos ama pero mata
como viuda negra en celo.
El camino es tan difícil
y llegar es todo un reto
hasta las nubes más negras
en lo más alto del pelo,
donde rasgaba las luces
el verdugo de los lienzos,
que talaba los semblantes
con un trocito de espejo.
Entre cartas a Corintios
y páginas del invierno,
se encorvaron los atriles
como ancianos embusteros,

dándole lustre a la herrumbre
que iba lamiendo su hierro.
Y la buena suerte marcha;
marcha amputándole al trébol
cuatro de sus cuatro hojas;
dejó un sólo filamento;
un tallo flaco y endeble
con un porvenir horrendo.
Pudrirá junto a los pétalos
que en silencio se cayeron,
sin molestar nunca a nadie;
sin pesar de más al suelo.
Es que tanta cuesta cansa;
tanto escalón traicionero
donde sobraba el final,
donde faltaba el aliento.
No vale ya la carroña
para llenar los pucheros;
no todo lo que se come
puede llamarse alimento:
no todos los corazones
albergan siempre algo bueno;
los unos bombean sangre;
otros bombean veneno.
Escalones, escalones;
la subida hasta el infierno
a donde el aire no llega;
donde no llega el vencejo,
donde el respirar se acaba;
de nada vale el empeño.
La imaginación volaba
con el ala del sombrero;
un ala sola no basta,
pero asegura un buen vuelco

y con las cabezas huecas
daba la réplica el eco:
Idiotas no subáis nunca,
es un engaño su cielo.
"Idiota no subáis nunca,
es un engaño su cielo."

FUEGO

¿Por qué secuestra la rosa
lo bonito en cada pliego?
¿Por qué mantienes bello ángel
mi amor en tu pecho reo?
Hartos de levar cometas
con dioses de escaso aliento,
envidia el cielo bajar
contigo, otro cielo al suelo.
Maliciosas e insinuantes
caderas: único credo.
Respira el placer profundo
sobre el altillo del cerro,
rumia la febril caricia
del removido avispero,
brilla la espada plateada
sobre el puño bucanero.
El cielo de azul y blanco;
velas negras el velero,
granates labios silvestres,
doradas pepitas: pechos.
Carne, succulenta carne
digna de un Dios carnicero,
piel de ingle de clara luna,
hueso de puro cemento.
En brazos de mares dulces
el rayo sin voz de trueno,
gesticula con luz ronca
labios sin forma de beso.

Más abajo de los fondos
infiernos de puro hielo,
bendicen con fría chispa,
con azúcar en saleros;
golpean con furia errante
los vientres de albino cuero,
tendiendo trozos de carne
con las pinzas del cangrejo.
Únicamente a su izquierda
adquiere valor el cero;
a su izquierda únicamente
arde el consumido fuego.

NI GOTA

Senderos de letanía ;
el corazón está en coma,
usurpado a pisotones,
ungido en la tiesa atocha.
Al final anohecieron
las resquebrajadas copas,
de tanto brindar por nada;
no son más que la bicoca,
que se posa en los alambres
dónde se pudre la ropa:
no lloraba de mentiras;
es que no tiene ni gota.
A cientos los arañazos
por la senda más barroca:
lo fácil nunca fue simple;
no había atajo en la rosca
y escuecen las pantorrillas
de andar por la larga prosa;
no sé los demás caminos,
este de aquí no va a Roma.
Y quedaban por llegar
bajo pata de la alondra,
las peores de las noticias
con cien llantos por esloras,
camuflados bajo el manto
que capitanea la aloja:
primero raciona el trago,
después desencauza y ahoga.

MALDITO AGUJERO

Corroe olor a penumbra
de las flores del letargo,
desnuda para la boda
con vestidito de cardo.
Con su camelar de sangre,
con su hincar tan educado,
con corazón en almíbar
flotando muerto en un tarro.
Con sus caderas de nube
dibujadas en un canto,
engañando a las braguetas
que esperan suave bocado.
Y aquella carita triste
de ojillos mal ensamblados,
de unos labios centinelas
con talle del mismo diablo.
Su lado era la ceguera,
la sed frente al roto vaso;
con ventolera dormirse
entre fuego y secos tallos.
Creyendo creer que crece
entre muslos de seco
tan yermos como el infierno,
tan muertos como el asfalto.
Pasado, con su presente
en garganta atravesado,
por seguir yendo a comer
de lo de ayer... Algún cacho.

ENTRE VUELTA Y VUELTA

Tostado por sol perenne,
viviendo bajo las vías,
agazapado entre cantos
igual que las lagartijas.
Buscando arroyos perdidos
que nos sirvan de cantina,
mientras eructan las ranas
y los pajarillos chiflan
canciones que no se aprenden;
son innatas melodías,
que son entre vuelta y vuelta
la más fina de la criba;
trabando los cantos gordos,
pasando las alegrías
a los barreños vacíos:
vientres de ropa tendida.

CON PEROS

Reposo de la locura,
que soy animal con peros:
podría tener colmillos
pero no tener veneno,
podría tener la garra
con el falso del atrezzo,
podría portar jinete
pero no soporto el peso.
Podría volar sin alas,
sin helio ni queroseno:
no necesitamos nada,
tan sólo amarrar un sueño.
Buscando otra madriguera
porque el día nos da miedo;
la noche era más segura,
lo oscuro era más sincero.
Nunca supimos sumar,
siempre echábamos de menos
y cuando fuimos ya ovejas
quisimos el ser corderos.
Cuando supimos trepar
quisimos reptar los suelos:
sé que somos animales;
pero animales con peros.

AL SOMBRÍO

El quiebro de la hondonada
afila más el sombrío,
dónde los grajos reclutan
al antídoto del brillo,
lamiendo con vehemencia
la comisura del pico;
allá donde puso el freno
la boca a la que hizo el filo
de navaja de una diosa
que aborreció lo divino:
harta de halos y ropajes
anduvo a cuerpo corito.
Debajo de tantas patas
sabe a cardenal el ritmo,
a quemazón de espinazo,
a mezcla de sangre y giro.
Agasajaban las sombras
con perfume del detrito
a desérticos gznates
igual de secos que el río,
que moría en la montaña
apenas haber nacido:
tentaba el diablo con maña
a las aguas sin botijo.
Al final nunca se sabe
¿quién le diría al espino,
que harían con él la corona
que abarcó sienes de un Cristo?
Al final nunca se sabe,
quizás el sol sea el abismo
que cubre con luz las sombras
que envolverán a capricho.

EL REY DE BASTOS

¡Caray! Que será de él,
que el burrito ya no come;
¿pero que le pasará,
que le pasará a este pobre?
Ya nació domesticado
para que nadie lo dome,
envuelto en pelliza blanca
-la antítesis de la noche-
una mañana de otoño
bien pasadas ya las once.
Echando a andar torpemente
-deshojando algunas flores-
con su recién nacer ebrio
entre dos nalgas sin coces:
sólo amores, sólo mimos;
tan sólo mimos y amores;
son las leyes de las madres
que no atienden a razones.
Ya desde bien jovencito
montó a lomos el encorve;
o bien los sacos de paja
o los muñones del dolmen.
Siempre con su paso agudo
que no llegó nunca al trote:
nunca le importó la carga
ni el bufar que casi rompe
que maduraban las varas
al tiempo de los azotes.

Lo que dolió en realidad
fue el extinguirse del brote:
recuerda moscas, suelo, una
madre que se descompone,
una cuerda que tiraba
y no se sabe hacia donde.
Primero aprendió a alejarse
para que nadie lo añore,
después a sentirse solo
sin el estar sólo, porque
un día escapó a los prados
con las bocas que responden:
con los búhos, los conejos,
con el ciervo, el alimoche ,
las ovejas rezagadas,
las culebras, los ratones,
las hormigas, los lagartos,
el jabalí, el saltamontes,
lobos, ranas, alacranes,
los gatitos, los halcones...
Sumisos ante el rebuzno
se postraron ruseñores;
también todos los del reino:
ya tiene el humilde corte.
Todos, todos los burritos
son pacíficos y nobles:
Hay que ver que gran barbarie
el llamarle burro a un hombre.

El burro ha vuelto a comer.

SED

El majestuoso soslayo
del sol y su yo volátil,
tras del inmenso horizonte
dibujado con gran lápiz.
Y en el mar un obelisco
con su chamarra de mástil,
oculta bajo la roña
su envergadura de dandi
que corteja la distancia
con esa mirada hábil:
fuera sólo era extranjero
y dentro tan sólo un yanqui.
Nunca hubo tantos desiertos
a cada zancada de oasis:
el sudor ya ni se atreve,
la sed empieza a ser táctil.
Encontrase un recipiente
que parece ser un cáliz,
dónde vacian los colmillos
las vegetarianas áspid,
reclinando su inmundicia
con su vergüenza retráctil;
con su cola arrepentida
que las azota tan mártir.
Elige sed o veneno:
la vida nunca fue fácil.
Elige un tipo de muerte:
la acorazada o la frágil.

TAN PEQUEÑO

Se apodera de la sien,
el baile del alboroto;
como el calor de la siega
primo hermano del agosto,
que se llevaba sus vidas
cargaditas sobre el hombro;
que quedaban muchos cuerpos
para hacer callar al foso,
para que cierre la boca
dónde se masca el abono
que se teje entre la tierra
con los cuerpos de retoños,
que murieron en el tiempo;
tiempo entre azote y el lloro.
Luna es una calavera,
la noche su negro potro,
con largas crines repletas
del blanco y brillante polvo
que se le antoja bonito
desde aquí abajo a los ojos.
Patas de imposible doma
las del potro misterioso.
Coronada por la brisa
la zancada sube al trono
y no se queda con nada
siendo la dueña de todo.
Parecemos tan pequeños
entre los cíclopes y ogros,
rascacielos de babel,
un oso encima del otro,

de aquel árbol milenario,
de la montaña en reposo,
de un cielo que está tan alto
que sólo produce asombro,
de un mar que come horizonte
y nos vomita algún trozo,
de nubes algodónadas,
de los hombres generosos.

NO SON

No son olas; que son grecas
las que acarician la barca.
No es un mar, es lo que lloro
cada vez que tu me faltas.
Para no perderme nunca,
ando a puñados de grava
marcando la alegre curva
que me llevaba a tú casa;
que me llevaba a tú techo,
que me llevaba a tú cama,
que me llevaba a tú boca,
que me llevaba a tú baba,
que me llevaba al microbio:
de ti nada se me escapa.
No es de grafito; es tu cuerpo
lo que el lápiz dibujaba,
bajo diestra temblorosa
del peso de una mirada.
Para no perderte nunca;
una cadena oxidada:
para sentir cuando marches
y escuchar cuando te vallas.

LA ORTIGA

Se dio cuenta la costilla
de estar sola de repente.
Vació su entraña la pella;
que el horno no la reviente.
Visitando los parajes
dónde los traviesos duendes
cuidan vestidos de ortiga
del agüita de las fuentes.
Les sobaban en los suelos
a tantos demonios clientes,
que sacrificaban almas
por puñados de billetes.
Se escapa de nuestra mano:
sólo el animal entiende
que es el reflejo de arroyos
la más cristalina lente.
Sacaba pecho coqueta
cara al sol la flor en ciernes,
dejando al aire su aroma
que regala; no lo vende.
Que se rompe la camisa
en jirones pecho ardiente,
cargándose a los riñones
cierzo y viento de poniente.
No habita en estanterías
el libro que no se aprende:
se ve, se huele y se palpa,
se abre el pulmón y se siente.

Se comía la venganza
miles de ojos y de dientes:
no parará de comer
mientras con ella alguien cuente.
Pasando cuchillo a lengua;
la del hablar repelente,
para que la pase entera:
su propia carne meriende.
Antes de que todo acabe,
mientras lo negro se extiende:
no arrancad flores ni ortigas
porque son hadas y duendes.

AGUA Y PLUMA

Romance de la agua y pluma:

la caricia se resbala
por un tobogán que trina
a la mañana sus gracias,
por haber amanecido
sin quizás el tener ganas
con la carita bien limpia,
con la carita lavada.

El romance de agua y pluma
siguió patente en la rama,
dónde no habitan serpientes
pero tampoco manzanas,
en donde escrutan los picos
con su sigilosa danza
los sembrados que se expanden
diezmados por su mirada,
que precisaba un saltito
hacia una rama más alta.

Romance de la agua y pluma;
romance del agua clara,
esparciendo su caricia
por entre las plumas pardas.

LA CORDERITA

Se esconde astucia en silencio
con las orejas pinadas,
detrás del renglón sin techo
con el colmillo de caza;
el de lamer los jirones
desprendidos de la lana
de las ovejas más tercas
que cortejan alambradas,
y la coja desde lejos
va delante de sus patas:
aún corren pensamientos
y corren más que las balas.
Como se tira a los lomos
zumbando sombría racha
la cadena traicionera
que renegó a la zagala,
atando su mente libre
a la pata de la cama;
a la que afiló cobarde
convirtiéndola en estaca,
penetrándola en su cuerpo
desde el pecho hasta la espalda,
maldiciendo su existencia:
placenta que fue mortaja.
Te harás grande corderita
entre los prados y charcas,
apartada de un rebaño
que se amontona y se daña:
separados no valemos
y juntos no somos nada.

PENA NEGRA

Las hormigas de colores
marchan por las sendas negras,
trazadas macabramente
por los compases y reglas.
Las hormigas zanganeaban
a velocidad que aterra,
sobre sus cuatro patitas
herencia de las carretas,
disparándole al cadáver;
muriendo en su propia guerra:
mal muertos con fama de ángel
de unas manos prisioneras.
Demasiada la camada;
no hay tetillas en la perra:
los que mueran en el vientre
serán los que más se alegran.
Se revientan los colores
a orillas de la paleta:
dónde antes corría el agua
ahora corre sangre y pena.
Y siempre vuelve a ganar
la tortuga en la carrera;
la liebre por correr más
es cadáver en cazuela.
Poco antes, rozando el aire;
ahora comiendo tierra,
dónde escupirla no vale:
cubre y manda dentro y fuera.
Ayer zarpas y colmillos;
hoy son alfombras las fieras,
dónde posar pies en firme
lejos de las carreteras.

DE UNA NUBE

Cogeré de alguna nube
su racimito más blanco,
para escurrir en mi cara
de su puro y dulce llanto
tan lejos de los hollines,
tan lejos de los sulfatos
que custodiaban la muerte
sobre el cuenco de sus manos.
No dan a luz las encías
con su envejecer tacaño:
carne no desgarrar carne.
En el cauce menos calmo,
entre ríos de detrito,,
sobre una balsa de cardo
remando a diestra y a zurda;
a diestra y zurda remando,
el angelito con vértigo
y las alitas de trapo,
buscando nuevos parajes
dónde se fundan los halos:
vivir con tanta luz siempre
puede llegar a dar asco.
Se oye la suave palabra
más que el rebuzno más alto
y el eco ya no repite
pues se sabía pesado
y supo callar a tiempo:

al final fue buen muchacho.
Cogeré de alguna nube
alguno de sus encantos;
alguno de los sabores
del jugo del amamanto
que tanto dio de crecer
cuando creímos ser bajos,
que tanto dio de mermar
cuando calzábamos zancos.

EL REVOLCÓN DE LA FRUTA

Chorreaba bien la llegada
de la garra inoportuna
mientras perfuman de engaño
labios de fina basura,
en la cima de algún pecho
dónde la pena hizo cuna;
grita un corazón rajado
harto de tanta tortura.
Merece la dulce pena
el revolcón de la fruta;
la paz había comenzado
con una guerra en ayunas.
Se marchó por dos billetes
con la más sincera puta;
dos billetes y encontró
a la damita más pura:
ya no hay más zumo salado;
los ojos ya no se estrujan.
Ya no hay de barro más hombres;
el veneno fue la cura.
La carne mal dibujada
con las costillas por blusa,
fue el cañonazo del alba
que hizo dormirse a la duda:
un reino en cada cadera,
pechos con vera de estufa,
piel de siete capitales
donde gobierna la gula,
mejillas de un rosa suave
dónde la seda hizo ruta,
cementerio de caricias
que buscan su sepultura.

EL TIMO

Otra vez pared doblada,
otra vez meloso timo
que ofrece dorado pan
hecho sin agua ni trigo:
hecho de puntas de acero
con su poderoso abrigo
y de calientes esquiras
del roce recién parido,
al galope sobre cuartos
de la mula del buen tino
que rumiaba las estrellas
y abrevaba de su brillo.
Herrada de luna bizca,
de noche pequeño güito
que guarda la piel del sol
en el mandil: el bolsillo.
Con dolor en cada abrazo
de cabellera de espino;
resbalando por los vientres
plateado el olor a niño,
que jalea al despertar
con un melodioso ruido,
regidos por la batuta
del mejor palo del nido.
Sábanas de hierba seca
que al fuego bailan el ritmo,
cayendo de las pecheras
que escondían el estribo
entre encantos besucones,
entre calurosos ritos
dónde los trinos corrían
por el cauce de los grillos.

RESPLANDORES

Valiente astucia la tuya
diablo de faldones blancos:
el del crepitante rojo;
rojo de cresta de gallo,
que ofreces para limpiar
el más sucio de los paños,
triplicando los caminos
que señalaban atajo.
La luz nunca fue continua;
sólo el resplandor del rayo,
que humeando cruel desdicha
atraviesa al tronco sano,
envejeciendo su sino
siendo joven y lozano;
con su mandoble de plata,
con su mirada de estaño.
Piernas hasta las rodillas:
prisión, barrote de fango,
y en las panzas cicatrices
que dieron sustento al llanto,
y el tiempo pasa a otro tiempo;
hace de momentos fardos
atados por las arrugas
de los rostros bien arados.
Pasó el viento de puntillas
entre los mimosos gatos,
con las uñas desgastadas
de trotar por los tejados.
Pasó el viento de puntillas
cortando lenguas a cachos,
para mostrarle a sus siervos
el arte de hablar callando.

EL DESVÁN

Roñoso, oscuro desván
lleno de trastos y polvo,
lleno de soledad fría
que escalofría con colmo.
Ya no deja de estorbar
lo que nunca fue un estorbo,
ni de sangrar las costillas
con miles de hachas a bordo.
Y nunca se conservaron
los besos en buen adobo;
los tiramos de comer
a las sombras de los tordos.
No hizo razonar cuchillo
a la oveja que amó al lobo:
murió sin balar piedad
enamorada del todo.
Si deja el mar de salar
no navegará tan sólo;
pesa tanta soledad
de cargarla toda al lomo.
Tras de la barbaridad;
la paciencia del escollo,
con la ciencia de esperar
detrás del tienta más corvo.
No escamotear no para
tiempo con su lento robo:
trilero sin edad que
gusta jugar con la de otros.

SUSPIROS

Quiso subir a la luna
aquel hombre en un suspiro,
pero de nada le vale
porque dejó de ser crío
y el suspiro pierde fuerza
y lo rancio gana brillo.
Se fue a desplomar entonces
el suspiro sobre el río,
sin dejar ninguna onda
sin salpicar y sin ruido:
porque el suspiro no pesa,
porque el suspiro es vacío.

TRES MARES Y UNA MILLA

Se escondieron los vestidos
en la panzas de polillas;
todo por que no los lleve
el tu cuerpecito encima.
Que dicen que nos son dignos
de vestirme señorita:
muchachita eres preciosa,
digo aunque no tenga rima.
Cada centímetro tuyo
son tres mares y una milla;
por ti se vio destronado
un cielo que rompe filas
para hartarse con el whisky
de llorar en la cantina.
Aún después de todo esto
nunca fuiste presumida,
que siempre eres la primera
que si hace falta se humilla;
la que tornas lodazales
en la agüita cristalina
con la gran depuradora
que escondes en la sonrisa.
Por esto y por mucho más
tan largo como una misa,
digo que seremos siempre
yo tu niño y tú mi niña.

EL SUICIDIO DE LA HACHE

Todos veían venir
lo del suicidio de la Hache:
hace tiempo que arrastraba
el no sentirse importante;
estar en boca de todos
y a la vez que nadie la hable.
Que lo presintieron todos,
todo el mundo menos su ángel,
que aún no había despertado
esa mañana "malage".
Se había "quedao" dormido
-sin el poder perdonarse-
releyendo aquellos libros
donde aún vivía la Hache.
Todo el mundo ya sabía
de haber oído mentarle,
que no quería vivir;
se le hacía insoportable
su caminar sin más gloria
que la escasez de talante;
sólo el ocupar un hueco:
¡como un estorbo, que diantres!
Una piedra en el camino
que lamben los paladares.
Fue encontrada por la I griega,
digamos más después que antes,
porque no fue echada en falta:
ni amigos ni familiares.

Olía al barrio sin alma
que perfumaba sus calles,
con el raíl de la cuchilla
descarrilando su sangre.

Todas fueron a tú entierro:
desde la A hacia adelante,
y como era de esperar
fue la Zeta y llegó tarde.
Lo que nunca te dijeron,
(o quizá nunca escuchaste)
fue que eras del duro hueso
que supo sostener carne.
Que fuiste gran damisela,
un eslabón del lenguaje,
caderas intercaladas,
el pronunciar más potable.
Tú, que creíste no valer:
valiste, valdrás y vales.
No sabemos de uno mismo;
es lo malo de juzgarse.
Nunca ganan los vencidos,
nunca ganan los cobardes.

NOCHE EN VELA

Después de una larga vida
tan sólo una noche en vela;
fue la maldecida noche,
noche en la que él la perdió a ella.

Después de una larga vida
sin deshojar a la espera,
comenzaba cada día;
día de nueva condena.

Mañana todo al revés:
iba delante la estela,
era hacia abajo el crecer,
triscaba hierva la hiena.

Nunca cubrir bien sabrá
mortaja de poca tela,
guardando el adiós que mata
en la negra cartuchera.

Ya nunca se llevará
el viento de su melena,
cuando giraba de golpe
su cara de niña buena.

Y recordará por siempre
su cuerpo de primavera:
lo que él siente y sentirá
no se aprendía en la escuela.

Mandó hacerse una navaja
bajo el dulzor de colmena,
con las cachas de negrillo
y con la hoja de su vera.

Llegó el primer desayuno
detrás de la última cena:
llegaron nuevos “dormires”
después de la noche en vela.

LA CHICA DEL LUTO

No siempre será de noche
para la chica del luto:
un día vistió de blanco;
fue entonces cuando lo supo.
Con astillas en las uñas,
añorando tanto un rumbo,
cansada de tanto viaje
a hombros del cruel insulto.
El amor no es más amor
por atragantarse a tumbos
de curvos "puñaos" de arroz
y puñetazos insulsos.
Bien le atontaron las luces
del resplandor que no tuvo,
virando oscuros carriles
de mares de alquitrán duro.
Para calmar el veneno
de los nudillos y el puño,
trajo de pronto a un cuatrero
el río sobre su flujo,
con antídoto brillante
guardado en dientes tan pulcros
y miradas fulminantes:
perdigones para chulos.
Vergüenza de la vergüenza:
la luna abandono al "luno".
Nació ella sola y vestida
en sus abrazos con nudo:

ahora ya se desnuda;
hay que dar a la piel uso.
Palabra con trapicheo
que quiso ser y no pudo,
porque apareció el cuatrero
con garra pero sin lucro.
por siempre cuidará de ella
el cuatrero y su trabuco,
cargado con tanta luz
que el sol se tornó a difunto.

LA TORMENTA AMAÑADA

Cuando cayó aquella helada
que juntó el cielo y la tierra,
nos pilló bien amarrados
convertidos en caldera:
sin necesitar carbón,
sin necesitar la leña,
porque este tremendo fuego
de la pasión se alimenta.
Y después de los "despueses"
abrazamos con más fuerza
tú mi cuerpo, yo tu cuerpo;
yo tu prado, tú mi dehesa.
Iremos dónde sobremos;
sin los gestos, sin las señas,
dónde no sentir la rabia
de soltar perra con perra.
después de aquel vendaval
que no dejó cosa tiesa,
yo permanecí derecho,
tú permaneciste erecta,
sin siquiera notar brisa
porque el corazón nos pesa,
valiéndonos como el lastre
que no llevó la tormenta.

EL VIAJE

En los viajes anteriores
nunca tuvimos cuchara,
ni tenedores tampoco:
tan sólo manos y babas,
tan sólo manos y dientes
para desgarrar con maña
el alimento que fue
por el esfuerzo medalla;
para el hambre perdición
que de vez en cuando calma.
Él ya nacerá con ruedas
y su piel será un pijama:
la evolución de los vagos
"cromosomando" la entraña.
Y sin brazos, sin sexo y
como rostro una pantalla
que diga: "No me molesten;
por favor vuelva mañana".
En los viajes anteriores
las monedas no importaban:
yo tú collar, tú mis pieles;
tú mi flecha, yo tu daga.
Ahora pusisteis precio
hasta al kilo de miradas:
los pobres no pueden ver y
los ricos no quieren ver nada.

LA MUÑECA

¿Cuánto tiempo pasar viste
muñeca de traje rojo,
hasta que alguien te encontró
en ese agujero angosto?
Era ya el partir de un viaje
una tarde de sol tosco,
cuando dentro, en la pocilga
oscura relució un rostro.
Yo no sé porque hube entrado
-yo, que acostumbro a estar sólo-
por aquella puerta estrecha
de una madera que es trozos;
y no quiero explicaciones
hoy que por fin te conozco.
Desmembrada y desnudita
entre roña eras adorno;
vestidita con cochambre,
maquillada con el polvo
que nunca vio tez más linda
y no sale de su asombro.
Esos dos ojos azules
son dos mares sin su fondo,
porque los fondos son negros
y no caben en tus ojos.
Porque tus ojos son cielos
azules, puros y corvos,
dónde se mudan los dioses
cansados de estar tan solos.
Con los dedos rebanados
y el araño del plomo,
dí contigo mi muñeca
allá donde vive el gocho.

Después de reptar los suelos
yo te devolví a tu trono;
después de tantos inviernos,
aquella tarde de agosto
que te encontré desnudita
bocabajo sobre el lodo,
con tan bronceada piel
por las toses del escombros.
Ahora guardas mi cama
limpita y con traje rojo;
mi cama guardas ahora
cuando en ella no reposo:
espantando pesadillas,
a el hombre del saco, el coco...
Y cuando me acuesto, río
y sueño a la vez que añoro,
que sea carne tú plástico
y mi pecho el desmorono,
dónde levantar las piedras
que dieron el alboroto,
con cuatro manos cargadas
del no sentirse uno solo.

LAS GAVIOTAS MENOS BLANCAS

En los sueños más perversos
los aviones se estrellaban,
heridos con perdigones
en un costado o un ala.
¡Por Dios salvad a la reina
del maldito enjambre en llamas!
La reina murió primero
por su corona aplastada.
Y decían nuestras madres:
"Comed, que el hambre es muy mala",
mientras de su vientre lonchas
para nosotros cortaban.
La senda es para uno solo;
para una sien y una bala,
para un escroto rasgado
y una vida derramada.
Después, las vigas se tuercen
deshojando muerta traba:
el cerco del prisionero
salivando con desgana,
sobre su lengua marchita
los manjares de la lava.
Y allá sobre el campanario
donde el demonio anidaba,
se postraron las antorchas
para la caza adiestradas
por la muchedumbre humilde
que adolece de la saña.

Se molesta en esperar
el pez harto de empapadas:
de ignorante peca porque
debajo del mar no escampa;
y sobre tierra se seca
pudriendo su fina escama,
que comerán las gaviotas;
las gaviotas menos blancas.

UN ROMANCE PARA TODAS

Amor, semejante cuerpo
dicen que lo levantaron
los Mayas, tal vez los Incas,
los albañiles Lombardos,
chinos con su ingeniería,
el faraón , sus esclavos,
los manitas bizantinos;
incluso quizá marcianos.
Dejó costilla de Adán
en ti su mejor legado:
tú eres la inmensidad;
él sólo un trozo de barro.
Todo el mundo se sorprende
cuando pasas por su lado:
una catedral con falda,
una blusa y dos zapatos.
Tú, perfecta sintonía,
nos tienes enamorados
a las mujeres, los hombres,
a los perros, a los gatos...
Si te hubiese conocido
en Vinci aquel tal Leonardo,
quebraría sus pinceles
bajo los coros del llanto,
por no saber encerrar
tú gran belleza en un cuadro.
Eres las miradas rotas,
la lujuria en cada paso,

eres el frágil semblante
que aborreció de los frascos,
los sueños de Robinsones,
el secreto del muchacho;
cuando el sol duerme contigo
amanece con retraso.

EL HIJO DEL CARPINTERO

Les voy a contar la historia
del hijo del carpintero:
su madre, una joven virgen;
su padre frecuente cielos.
Dicen que nació entre pajas,
entre coros de cencerros;
donde la gallina pone,
allá dónde duerme el perro:
enorme ciclón de luz
se atavió con veinte dedos.
Vinieron todos los reyes
para el día del estreno,
en luminosa calesa
harta de brillantes flecos,
tirada por cuatro bueyes
¿eran bueyes o luceros?
Al llanto lleno de vida
los pastores acudieron,
sin oro incienso ni mirra;
sólo un corazón sincero
para agasajar al crío
con dulzura, con esmero,
con todo lo que más vale:
lo que no cuesta dinero.
Ya entre el acné y los gallitos
supo enseñar a los maestros;
los que se creen que saben;
a bribones y paletos.

No se supo nada de él
digamos, durante un tiempo:
dicen que trabajó duro
en la fábrica de sueños.
Lejos de la época imberbe
un día cerca, otro lejos
junto del rebaño que
pasta palabra y respeto:
estaba el sensato, el falso,
el que niega, el tesorero,
el que escuchaba, el que hablaba
y otro puñado de ellos.
Convirtiendo el agua en vino,
sobre aguas que aguantan peso,
destronando a mercaderes,
multiplicando alimento,
desnudando a “satanases”
se le iba pasando el tiempo.
Desde un huerto con olivos
hasta lo alto de algún cerro,
se cocinaba algo turbio
sobre el fogón del infierno
y por sólo unas monedas;
¡dinero, puto dinero!
Como putas verduleras
vendieron a un Dios al peso.
Sobre la cruz suplicó
-encima, siendo él el reo-
por la suerte que sufriesen
sus bastardos carceleros.
Los latigazos, tres clavos
y una lanza sobre el pecho,
dieron último suspiro
sobre unos labios serenos,

cubriéndose de tinieblas
los ojos que ya eran ciegos,
condenando nuestras almas
a pudrirnos siendo fetos.
A las tres noches volvió
(¿se olvidó encendido el fuego?)
y por aquí anda escondido
cuidando piaras de cerdos:
los culpables, asesinos,
el egoísta, el trolero,
a los feligreses falsos
que rezan cobardes rezos.
No quiere crédulos malos;
prefiere incrédulos buenos.
Yo no soy digno que entres
en mi humilde romancero;
aunque sé que tu agradeces
y yo sabes que agradezco.

SIN PAREDES NI TECHOS

Lejos de las muchedumbres:
allí estaremos nosotros
con lazada sobre el cuerpo,
con un candado en los morros.
Por encima de las cimas
en dónde gobierna sólo
una nieve pura y blanca,
- es la agüita hecha un adorno-
nos haremos una casa
con lo que queramos, todo,
menos techos y paredes;
nada que muera en escombros.
Nos la haremos con el viento,
con la fragancia del loto,
con la vida que se guarda
en los ovarios y escrotos.
El tiempo más productivo
es el tiempo del reposo
donde se gesta el jaleo,
donde se urde el alboroto,
porque también crear el mundo
comenzó con un esbozo.
Nos iremos a las costas
en donde boquea el año,ro,
donde zorras no son putas
y el astuto no es un zorro,
donde para últimas cenas
hay placenta y hay calostro
y un sol rejuvenecido
se ha quitado diez agostos.

Todavía tengo sueños
¿sabes? Y llámame loco,
que me probé mi yo adulto
y me queda enorme y rompo
los dos bajos y las mangas;
del arrastrarlos, supongo.

ALQUITRANADO PARAÍSO

Amamantando corbatos
con biberones de ojos,
hasta que sacarlos sepan
cuando sean unos mozos:
así pasamos los días,
creando monstruos en el torno
a imagen y semejanza
de lo canallas que somos.
Una hojita y otra hojita
y otro calendario roto:
menos mal que rige el tiempo
que nunca acepta sobornos;
si no, los acaudalados
nunca morirían del todo.
Nada será peor que esto;
nada habrá peor, supongo:
"yo no fui –todos decimos-
yo ya lo encontré así roto."
La sabiduría muerta
con desencajado rostro;
Satán pariendo sus hordas
preparando su retorno,
con millones de infiltrados:
-ese fue su mayor logro-
sin mover un solo cuerno
ya deshicimos el polo,
desayunamos los bosques,
nos comimos el ozono;
de merienda y cena nos
matamos entre nosotros.

Maldito baile en penumbras,
pisándonos con exoro;
al final las princesitas
devoraron a los ogros.
Debajo de la sequía
más me desenamoro y
si esto fue la democracia
nunca tendréis nuestro voto:
ni el mío, ni el tuyo ni el suyo,
ni el de estos ni el de los otros;
para morir en rebaño
será mejor vivir solos.

POEMAS PORCINOS

Bien atentos escuchamos
y contamos con los dedos
la métrica de gruñidos
que nos recitan los cerdos,
allá desde la pocilga
dónde trajinan en cueros
el como poder comer
sin ningún tipo de esfuerzo:
he visto humanos más limpios
pero nunca más sinceros.
Y seguimos escuchando
la tierra que suda cieno;
cieno sobre el que resbalan
los reclutas de lo incierto
con bozales en los anos
amigos del sedimento:
lucha contra la intemperie,
habla con el cartonero.
En los labios: ratoneras.
Los ojos rotos por cepos,
las pulgas y garrapatas
buscan yugular y cuello,
cansadas de los veranos
del pelaje de los perros.
¡Eh tú, no saltes y escucha!
¡Saltamontes para quieto!
Llévanos sobre tus alas
dónde volvamos a vernos;
allá donde nunca escampa
porque nunca está lloviendo.

LA SENDA

Cuando pedimos langosta
se nos convidó con plaga;
cuando la poda pedimos
nos agasajó la tala;
cuando pedimos la puta
nos trajeron a la dama:
y ya no pedimos más
que la cosa está muy mala.
Cuando estuvimos bien hartos
abandonamos la piara,
caminando por la senda
que menos nos deslumbraba,
que siempre solía ser
la senda menos andada.
A pacer de las encinas;
de sus esputos y babas,
pasando la verde glosa
con lo que da la fontana,
que importancia no le da
pero es la vida licuada.
Y entre siestas y fornicios
la tarde se quebró en falla,
demoliendo a los molinos
que no saben mover aspas,
tragándose los tejados
que no protegen las casas.
Que mal cantan las gallinas
que cantan de mala gana:
la putada del ser ave
con las inservibles alas;

que no queremos estorbos
ni lastres que nos rezagan;
tan sólo andar nuestra senda
con más o con menos maña
hasta llegar al paraje
vedado para la traba.
Y encogernos y dormirmos.

EL ÚLTIMO DÍA

Homicidio que dio en beso;
dio la lija a la cerilla,
liberando así a lo claro
de lo poco, de las pizcas.
Treintaiuno de diciembre
marcaba ya en nuestras vidas:
preparamos la maleta,
un traje y una sonrisa.
No estés triste compañero,
a todos llega este día;
que yo lo sé y tú lo sabes
y aunque sepa a despedida,
más allá de allá nos venos
y si no es que te mentía.
Los carneros ya no envisten
con la testa consumida:
hace tanto y tanto que
no quedó ya ni una miga,
de cuerpos que fueron panes;
de sangre que fue bebida.
Treintaiuno de diciembre
¡fuera! No hagas que te riña;
no me hagas ir a por ti;
alma, sal de la guarida
después de este largo encierro,
sal de este cuerpo y respira
de lo que el pulmón no capta:
la esencia rompiendo filas,
como el humilde recluta
que sin galones más brilla.

NEGRA MADERA MOJADA

Ni el mejor de los remedios
a base de cataplasmas,
consiguió cicatrizar
la brecha entre cama y cama.
Entre dos sitios sin nombre
el fuego no crepitaba
y cuando ellos asomaron
se extinguió la terca llama
de una madera ya negra,
de una madera mojada.
Sabiéndose sin respaldo
conscientes se deslomaban,
hacia el invierno del suelo
sabiendo caer con calma;
porque ya nadie pregunta,
porque ya nadie esperaba.
Para conciliar el sueño:
somniaferos con su nana,
amordazando neuronas
que ya están amordazadas
y cabalgan desnuditas
sobre caballos sin patas,
desprovistas de armaduras,
desprovistas de las armas
que hacen gestar a los héroes,
que hacen recordar hazañas.
Y sueñan con escopetas,
con las sogas anudadas,
con bañeras y cuchillas,

con los fármacos que ladran
por el día y por la noche
sin levantar las persianas:
los días son proxenetas;
las noches son sus fulanas.
Y las esquinas se acercan
con sus dientes y sus garras,
que tuvieron escondidos
mientras sostuvieron casas:
ellos allí tan parados
con la autopsia de las ganas
dándolas la bienvenida.

TRES LADRIDOS

Alguien quitó el tapón
y todo el azul del cielo
ha salido en remolino
por boca del sumidero.
Quizás no fuese uno sólo;
hay marcas de muchos dedos:
odiaba los sacrificios
el corazón del ternero.
Dinos tú o quien lo sepa
si tenemos o no dueño:
dicen que tiene collar
todo lo que tiene cuello.
En los rincones oscuros
angustiados por su credo,
vacían sus lacrimales
los mentirosos sinceros
con las muñecas abiertas
por un pensamiento feo,
que nunca se atreve a obrar:
por cobardía, por miedo.
Serán las duras pestañas
las que subleven al viento,
con su alzado y desmorone
del resurgir con esfuerzo:
tirarán hasta montañas
nacidas antes que el tiempo.
A miles tejemos correas
para amansar cancerberos,
que se relamen heridos
ya sin trabajo ni sueños:

justo ayer se hubo llenado
el aforo del infierno.
Mandadnos vientres de ratas
tan fértiles como austeros,
para sumarle a la muerte
millones de nacimientos:
porque no siempre se gana.
Duermen con ojos abiertos
los cañones recelosos.
Y os echaremos de menos;
cuando no queden orillas
para acotar el jumento,
nos cortaremos los pies
y remaremos con ellos
hacia otros mares más largos,
hacia otros mares más cuerdos.
Sí, se comieron la tierra,
pero sin ellos quererlo.

LA HIJA DE LA COLMENA

Aunque alguno se le enfade,
Dios te guarda aún su diestra,
para tener siempre a mano
su trono con tu belleza:
no preguntes para cuando
por si obtienes la respuesta;
aquí abajo has de dejarme
disfrutarte mientras pueda.
La eternidad es para él;
para mi, vida terrena,
que aprovecho estando quieto
sin moverme de tu vera,
dónde nunca hacía frío
y el sol tampoco nos quema.
Tu piel fue hecha en los panales
por las abejas obreras;
tu mirada sobre el yunque,
por el herrero que espera
superar aquella obra,
que no podrá aunque le duela.
La primavera es tu pelo,
tus labios son la condena
del ser de ellos prisionero
hasta el día en que me muera.
Y llegamos a tus pechos
¡por Dios, sálvese quién pueda!
Tus pechos son almohadas
en donde los sueños sueñan
que son dueños de cinturas
sostenidas por caderas

de un sabor apetitoso;
tan duras como la piedra
que te clama en monumento
para que al fin te estés quieta
y todos puedan mirarte:
(no esperamos que lo entiendas)
nadie morir debería
sin nunca ver tu silueta.
Azafrán recién cogido
-arrancado de su dueña-,
brisa con escalofrío,
miraditas que alimentan.
Me buscan en el olimpo:
con trucos y triquiñuelas,
una mañana dorada
bajé una diosa a la tierra.
Sobre su lomo tan blanco,
volando con su melena,
nos posamos en el río
sobre un nenúfar que lleva
a mariposas alegres
con los colores que ciegan.
Si es una ofensa querer,
perdóname que te quiera,
porque es un placer quererte
aunque el quererte sea ofensa.
Por más que busque y rebusque
no hay palabras en los poemas,
para decirte mi cielo
lo que mi mente segrega;
lo que siente el corazón:
¿que es lo contrario de pena?

EL ÚLTIMO BARCO

El tiempo pasa y ya peina
Medusa canos bocados:
remolinos de serpientes
hoy son ya lacios gusanos.
Y volverán a la vida
gentes pintadas en cuadros,
rascándose su color
con comezón y desgarró;
pidiendo cuentas a artistas,
a los pinceles borrachos
y a florecidas paletas
con los colores de un mayo.
Inclinado hacia las caras
se mira su rostro el charco:
le falta algo de agua; le
sobran arrugas y barro.
Y la muerte traicionera
junto al sol como lacayo,
se lo absorberán a sorbos:
"aquí yace evaporado.
-rezará su sepultura
cincelada con mal trazo-
La vida le ofreció mierda
aunque no era mal muchacho."
Envueltos en valentía,
alejados de tiranos;
las piaras y las bandadas,
las jaurías , los rebaños,
los pelotones de hormigas,
los peces haciendo banco,

las manadas y las plagas,
el ejercito del árbol
y todo bicho viviente
caminan hacia el ocaso:
para renacer de nuevo
habrá que tirar el dado.
El baile de la victoria
celebrando aquel fracaso;
el que hizo quebrar la huella;
la del paso adelantado
dando a la carne cuchillo,
dando a los prados sulfato,
atando al madrugar con
cuerdas bocales de gallos
sobre un muelle sostenido
en la sopa de los cazos.
No mentéis los invisibles,
dejadlos ahí apartados:
mueran como moralejas
degolladas sin amparo
y sin vislumbrar los fines,
sin el poder enseñarnos
que algunos somos atroces;
otros, sólo somos malos.
¿Qué será lo que sentimos
después de soportar tantos
empujones, zancadillas,
tantas ostias, tantos palos?
Las caricias nos dan miedo;
nos dan miedo los abrazos
y confundimos el gusto
con lo que nos daba asco.
Por favor que alguien avise,
que alguien nos avise cuando

sobre la última mar zarpe
el último de los barcos;
el que llevará las velas
en su caldera quemando:
a falta de combustible
buenos son algunos trapos.
Cuando no haya que quemar
y pasé el viento soplando;
acuérdate de las velas
estúpido mamarracho.

FIN

ROMANCES

- 1 - Roncando
- 2- ¿Que será lo que nos pasa?
- 3- El cobertizo
- 4- Un trocito
- 5- La cascada
- 6- El viajero
- 7- Madrugada
- 8- Abismos
- 9- Algo Bonito
- 10-Bajo el mar
- 11-Del revés
- 12-El cuervo castrado
- 13-Chabolas
- 14-El cuento
- 15-La justa
- 16-Lejos y cerca
- 17-Rango
- 18-El mulo
- 19-Jeroglífico
- 20-123
- 21-Amor rima con dolor
- 22-Mosaico de muñones
- 23-Sienes rotas
- 24-No queremos nada de ti
- 25-Carta al equivocado
- 26-Carnavales
- 27-De repente
- 28-Mi palacio de chatarra
- 29-Cerca del suelo
- 30-La hada
- 31-Piscis
- 32-La pandemia
- 33-Cincuenta ofrendas
- 34-Huella sedienta
- 35-¿Y quién abrirá?
- 36-Esos dos ojos
- 37-Con la boca abierta

38-Ángel negro
39-Entre paredes de oro
40-La cometa
41-Me rehago
42-Tormenta de verano
43-La última hoja
44-Peón de carne
45-El remanso
46-Frío
47-La aja y el ajo
48-A sus pies
49-Mieles
50-Frenadme
51-Sin corazón
52-También lloran
53-Tríptico
54-La dama y el jilguero
55-El pardo ciclo
56-Hambre y sed
57-Solapas
58-La loba herida
59-Tinieblas
60-Somos
61-Mala mujer
62-Fuego
63-Ni gota
64-Maldito agujero
65-Entre vuelta y vuelta
66-Con peros
67-Al sombrío
68-El rey de bastos
69-Sed
70-Tan pequeño
71-No son
72-La ortiga
73-Agua y pluma
74-La corderita
75-Pena negra
76-De una nube
77-El revolcón de la fruta
78-El timo
79-Resplandores
80-El desván

- 81-Suspiros
- 82-Tres mares y una milla
- 83-El suicidio de la Hache
- 84-Noche en vela
- 85-La chica del luto
- 86-La tormenta amañada
- 87-El viaje
- 88-La muñeca (O los tres solos)
- 89-Las gaviotas menos blancas
- 90-Un romance para todas
- 91-El hijo del carpintero
- 92-Sin paredes ni techos
- 93-Alquitranado paraíso
- 94-Poemas porcinos
- 95-La senda
- 96-El último día
- 97-Negra madera mojada
- 98-Tres ladridos
- 99- La hija de la colmena
- 100-El último barco